

Ilustración Artística

AÑO XXIV

BARCELONA 17 DE ABRIL DE 1905

NÚM. 1.216



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Cristóbal Montserrat

El distinguido autor del hermoso cuadro que reproducimos ha dado tan repetidas y frecuentes muestras de sus estimables cualidades, que entendemos debemos limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores acerca de una obra que, tanto por la forma de expresar el concepto cuanto por su interpretación, honra al artista que la ha ejecutado y al inteligente aficionado que la ha adquirido. La representación de la Sagrada Familia resulta humanamente expresada, sin que por ello desaparezca el ideal que simboliza, grande y elevado cual las simpáticas figuras que sintetizan la base del cristianismo.



Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *El chamarilero*, por José Toral. — *Arte cristiano*, por S. — *Una imitación del santuario de Lourdes en el Vaticano*, por X. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*, por R. — *El emperador Guillermo II de Alemania en Tángier*, por P. — *Miscelánea*. — *Un divorcio*, novela ilustrada (continuación). — *Celebridades contemporáneas*. La eminente escritora francesa condesa Martel (Gyp), por Eduardo Zamacois. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados.— *La Sagrada Familia*, cuadro de Cristóbal Montserrat. — Dibujo de Camps que ilustra el artículo *El chamarilero*. — *El descendimiento de la cruz*, grupo en yeso modelado por Otón Lessing. — «*Habiendo bajado Jesús del monte, le fué siguiendo una gran muchedumbre de gentes*», cuadro de F. Müller Münster. — *El sepelio de Jesucristo*, dibujo de Baroccio. — *Roma. La gruta y la basílica de Lourdes reproducidas en los jardines del Vaticano*. — S. S. Pío X dirigiéndose en coche a la inauguración de la gruta y basílica de Lourdes, reproducidas en los jardines del Vaticano. — Solemne inauguración de dichas gruta y basílica. S. S. Pío X dando la bendición a la multitud congregada delante de la reproducción de la milagrosa gruta. — El general Linievitch abrazando al general Kuropatkin, dibujo de E. Morata. — *Visita del emperador Guillermo II de Alemania a Tángier*. Desembarco de los oficiales del estado mayor imperial alemán. — Desembarco del emperador Guillermo II. — La población femenina de Tángier presenciando desde las azoteas la llegada del emperador Guillermo II. — Arco de triunfo levantado por la población judía en honor del emperador Guillermo II. — El emperador Guillermo II hablando con Abd-el-Malek, tío del sultán de Marruecos. — El caíd Mac-Lean dando la bienvenida al emperador Guillermo II. — El emperador Guillermo II de Alemania, en uniforme de capitán general español. — La condesa Martel (Gyp) en el salón de su casa de París. — *Ecce homo*, escultura de Rafael Atché.

CRÓNICA DE TEATROS

Solemnísima fué la función que se celebró la noche del 18 de marzo en el teatro Real en honor de D. José Echegaray. Ni una sola localidad estaba vacía, y en palcos y butacas, en delanteras y paraísos y hasta de pie junto a las plateas, veíase mezcladas en democrática confusión a todas las personas conocidas de Madrid. Entre aplausos y aclamaciones fueron pasando uno tras otro los cuatro actos de *El gran galeoto*, representadas las principales figuras del drama por María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza, Enrique Borrás y Emilio Thuiller.

Terminada la obra atronaron la sala del Real formidables aplausos, y en medio de innumerables comisiones que representaban cuanto en Madrid tiene pública significación, presentóse en el palco escénico el ilustre anciano, el dramaturgo insigne que tantas veces con la magia de su entendimiento soberano ha avasallado nuestras almas y emocionado intensamente nuestros corazones. Los años han cubierto de canas su cabeza, pero ni han privado de gallardía a su figura, ni han envejecido su espíritu, ni quitado a su inspiración su lozanía, ni arrebatado a su palabra su natural fogosa elocuencia. Aquella noche habló en el teatro, como horas antes en el Senado y como habló al día siguiente en el Ateneo, y en sus frases saturadas de emoción palpitaba la misma fuerza que en sus discursos de hace treinta años.

Terminó aquella solemnidad y pasaron las demás fiestas celebradas en honor de Echegaray, pero queda de todas ellas, no sólo un grato recuerdo, sino la confirmación de un hecho para mí evidente, a saber, que el alma de España siéntese renacer al calor del arte. Cuando un pueblo siente entusiasmo por la belleza, cerca está de sentirlo por el bien y la verdad, y la persecución de esos tres ideales constituye la ley del verdadero progreso.

Bárbara ha durado poco en el cartel del Español, una semana apenas. El público la acogió con cortesía, la aplaudió; pero sus aplausos fueron, no al drama, sino al autor, que tantos títulos tiene al respeto y a la admiración de sus contemporáneos.

Como todas las obras dramáticas de Galdós, *Bárbara* es un drama de ideas. En él, a lo que parece, trata el insigne novelista de presentarnos el verdadero ideal de la Justicia, que no debe tener ni siquiera asomos de venganza, sino firme tendencia a enderezar las torceduras del derecho, a restablecer la armonía perturbada por el delito.

Esta teoría, un tanto abstrusa, encárnala Galdós en la siguiente fábula: *Bárbara* es una gran dama si-

ciliana (la acción pasa en Siracusa), que tuvo la mala suerte de casarse con un mal sujeto, un tal Lotario, que la maltrata hasta el punto de pegarla con las riendas de su caballo. Tan malos tratos dan por resultado que *Bárbara* odie a su brutal marido, y lo que es peor, que se enamore—con amor puro—de cierto capitán español tan gentil como caballeroso y esforzado. Los deberes militares del capitán le obligan a alejarse de Siracusa, y *Bárbara*, entristecida por la ausencia del ser amado y odiando cada vez más a su esposo, al verse nuevamente atropellada por él, le mata de una puñalada la noche misma de la partida del español.

Temblorosa todavía por el crimen que acaba de perpetrar, aterrada, creyendo ver manchas de sangre en sus manos, en sus vestidos y hasta en sus zapatos, se presenta en la casa de su antiguo maestro, el anticuario Filemón, y cuenta todo lo que queda dicho más arriba. El anticuario y su esposa, que son dos personas excelentes, la consuelan y hasta la duermen al arrullo de antiguas canciones de nodriza.

Este primer acto es, propiamente hablando, el prólogo del drama.

El segundo acto pasa en el palacio del intendente de Siracusa Horacio Madaloni. Es el tal un personaje frío é inflexible como el destino, coleccionista infatigable, tirano á ratos y á ratos artista. Enterado del crimen de *Bárbara*, antójasele ensayar la teoría indicada, la del restablecimiento de la armonía que perturbó el crimen, volviendo á poner las cosas en el estado y situación en que se encontraban antes de cometerse el delito. Este restablecimiento ó restauración de lo pasado es algo difícil. Lotario ha muerto y la muerte no tiene rectificación posible; pero no hay obstáculo que detenga á un autor cuando éste se propone demostrar una tesis. Lotario ya no existe, con él no puede contarse; pero en cambio vive un hermano suyo, un tal Demetrio, negociante opulentísimo, que en lo físico es copia exacta del asesinado Lotario. Demetrio, que ignora el crimen de *Bárbara*, está locamente enamorado de ella, y Horacio, atento siempre á su teoría, promete al rico mercader que se casará con su cuñada. Este, agradecido, da al tirano dos perlas, le ofrece dos estatuas antiguas mutiladas... y trato hecho.

A todo esto el capitán ha regresado á Siracusa, pero el convencimiento de que él ha sido el verdadero causante de la muerte de Lotario tortura su conciencia, y aunque sigue enamorado de *Bárbara*, renuncia á su amor y acepta la expiación y el castigo de su crimen, que por crimen tiene el haber sugerido á su amada la idea del asesinato. Después de una entrevista entre los dos amantes, en que uno y otro quieren asumir la responsabilidad del crimen, Horacio Madaloni detiene y encarcela al capitán.

Durante el acto tercero, *Bárbara* hace los imposibles por salvar á su amado: dirígese primero suplicante al intendente, y Horacio le contesta que la salvación de aquél depende de la voluntad de ella: si se casa con Demetrio, Madaloni indultará al capitán. Desesperada por esta respuesta, trata la ilustre dama de sobornar á cierto calabocero borracho y fanático para que deje huir al preso. El calabocero rechaza las ofertas y proposiciones de *Bárbara*. Quédale á ésta un recurso: el confesar su delito ante los jueces; pero ellos no dan crédito á la confesión, suponiéndola recurso ideado por el amor.

Todos estos hechos coinciden con la noticia de la batalla de Waterloo. La caída de Napoleón y la vuelta al antiguo régimen vienen á ser la confirmación de la teoría de Horacio, que coincide con la de Juan Bautista Vico, y que el vulgo expresa con el refrán «Al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir.» En último extremo, lo que pretende Madaloni es aplicar al hecho de *Bárbara* la ley histórica aparentemente confirmada en Waterloo.

Y digo aparentemente confirmada, porque ni la célebre batalla pudo borrar lo pasado, ni lo que una vez fué puede dejar de ser. No es necesario haber hecho grandes estudios históricos para ver claramente que no obstante la restauración que siguió á aquel famoso hecho de armas, el espíritu revolucionario informó ya la marcha de la Europa contemporánea.

Dejemos esto á un lado y volvamos al drama de Galdós.

En el último acto nos encontramos con que *Bárbara*, si no ha perdido del todo el juicio, está á punto de perderlo; con que al capitán van á fusilarlo en la ciudadela, y con que Demetrio arde de impaciencia por casarse con su cuñada. Todo anuncia próximas catástrofes; pero todo lo arregla Madaloni á pedir de boca. ¿Cómo? Pues indultando al capitán, que parte á Tierra Santa después de aconsejar á su amada que acepte resignada la adversidad, é influyendo con *Bárbara* para que se case con Demetrio. La boda se celebra, el capitán se marcha y las cosas vie-

nen sobre poco más ó menos al ser y estado en que se hallaban antes del asesinato de Lotario.

El efecto que el drama hizo en el público fué de fatiga. Los espectadores, más que de los incidentes de la fábula, se preocupaban de descifrar lo que para la mayoría de ellos tenía mucho de charada. Galdós fué aplaudido; pero los aplausos sonaban más á cortesía que á entusiasmo. *Bárbara*, cuando escribo estas líneas, ocho días después del estreno, ha desaparecido del cartel.

El teatro de la Comedia sigue poniendo en escena comedias catalanas. La última estrenada en aquel teatro ha sido la obra de Ignacio Iglesias titulada *Los viejos*. Esta especie de tragedia popular, bien ideada y bien compuesta, tiene el grave inconveniente de ser lúgubre. Deprime el ánimo menos propenso á la tristeza el escuchar, durante tres actos larguísimos, aquella serie de sollozos y de angustiosos relatos..., todo ello, sí, muy digno de compasión, pero falto, á mi entender, de atractivo estético. El horror trágico no se despierta con el espectáculo de las miserias vulgares por dolorosas que sean. Quizás, en rigor, más que las desgracias espantosas de los atriadas son conmovedores los dolores de los obreros de Silesia que nos pinta Hauptmann en su drama *Los tejedores*; pero la muerte, por ejemplo, de Clitemnestra no nos causa el sentimiento de repulsión que aquel repugnante banquete del drama alemán en que unos cuantos hambrientos se comen un perro.

El drama de Iglesias es sincero, es noble, es piadoso. Abundan en él escenas de honda intensidad dramática, delicadezas exquisitas de sentimiento, adivinaciones psicológicas de subidísimo valor. Todo esto es cierto, y en reconocerlo y aplaudirlo me complazco. Pero no es, á mi entender, menos cierto, que el autor se olvida algunas veces de que el arte es ante todo concentración y de que esta concentración es más exigible que en ningún género en el teatro. En él, todo lo que no es absolutamente indispensable cansa y fatiga al espectador; precisamenté una de las más graves dificultades del arte dramático estriba en eso, en la necesidad de pintar un carácter con una sola pincelada, un estado de ánimo con una réplica, una teoría con una frase.

Iglesias, como vulgarmente se dice, se «duerme á menudo en la suerte:» repite los mismos conceptos y prolonga demasiado las situaciones. Ventajosamente podría encerrarse en dos actos la acción, que el autor diluye en tres y nada cortos. Y esta condensación del drama sería tanto más conveniente cuanto que en él, desde la primera escena hasta la última, zumba monótona la misma cantilena lúgubre. Su obra más que gris es negra, y bien se advierte, viéndola, la influencia que en su autor han ejercido los escritores del Norte, particularmente el ya citado Hauptmann. Ni un rayo de luz meridional penetra en el brumoso ambiente del drama. Hasta Agustín, que representa allí la juventud, tiene el alma de viejo: sus cálculos pesimistas sobre el porvenir, su prudencia, sus temores, no dejan paso más que en el último instante del drama á esa hermosa inconsciencia de la juventud, que lánzase á los combates de la vida con la esperanza en el corazón y el espejismo de las ilusiones en el cerebro.

Con esto y con todo, he de repetir que *Los viejos* es un drama que honra á su autor y merece ocupar su puesto en la literatura dramática contemporánea, en la cual, justo es decirlo, dominan los tonos lúgubres.

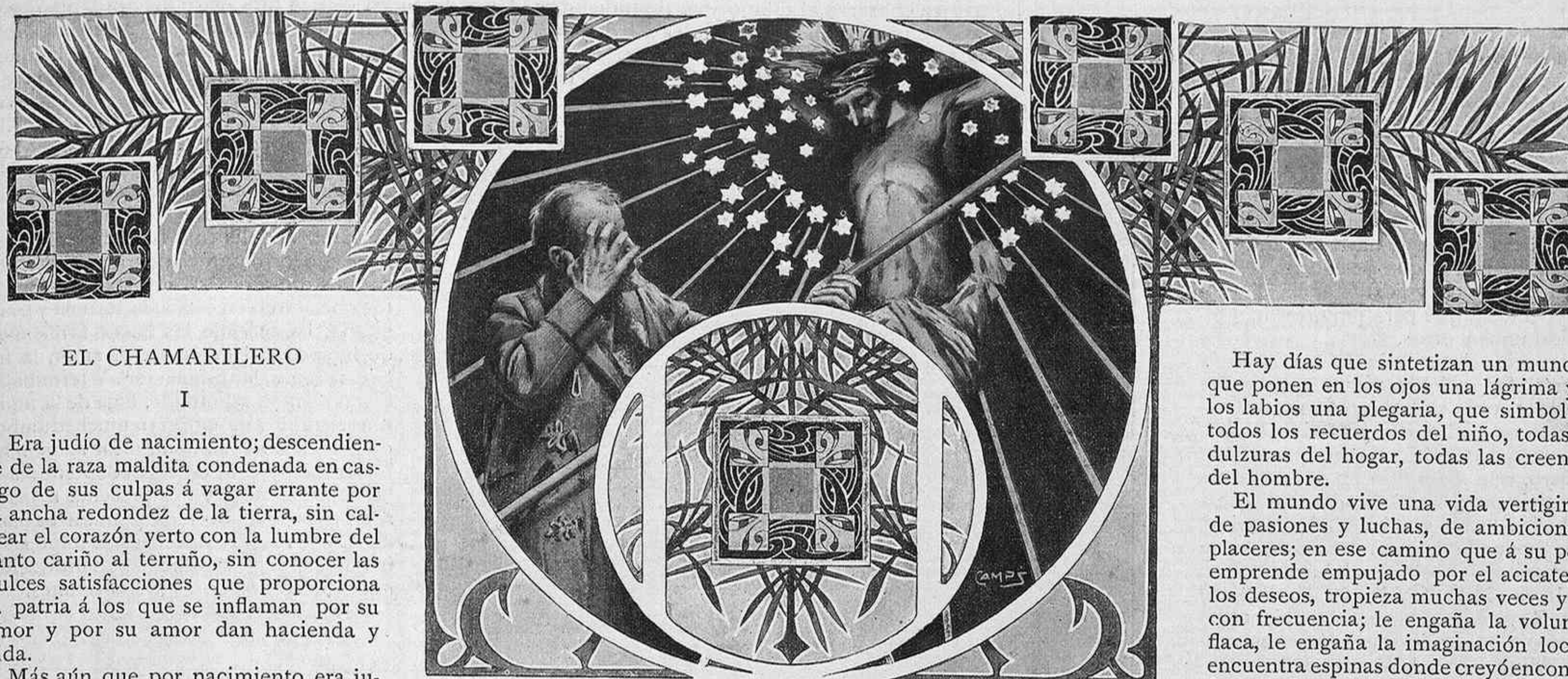
Muy incompleta quedaría la presente crónica si no hablara en ella del ejercicio escolar que este año, como el anterior, han practicado en el teatro Español los alumnos de Declamación del Conservatorio.

Como toda fiesta en que hay anhelos de juventud, amor al arte y ansia de gloria, la función celebrada por los discípulos de aquel centro de enseñanza fué muy simpática y dejó muy grato recuerdo en cuantos asistimos á ella...

Entre los jóvenes artistas hay algunos que demostraron poco vulgares condiciones para la difícil carrera que han emprendido. ¡Buena falta hace que salgan nuevos actores, porque es lo cierto que hasta ahora, en los teatros, á nadie se ve que pueda substituir á los artistas que ocupan actualmente los primeros puestos de la escena.

Aquí, como en todo, en la juventud está la esperanza.

ZEDA.



EL CHAMARILERO

I

Era judío de nacimiento; descendiente de la raza maldita condenada en castigo de sus culpas a vagar errante por la ancha redondez de la tierra, sin caldear el corazón yerto con la lumbre del santo cariño al terruño, sin conocer las dulces satisfacciones que proporciona la patria a los que se inflaman por su amor y por su amor dan hacienda y vida.

Más aún que por nacimiento era judío por carácter, por gustos, por inclinaciones; llevaba grabado el sello de la raza hebrea en las entretelas del alma más que en los rasgos físicos, en las ruindades del espíritu pequeño más que en las líneas del rostro. Vestido a la moderna, sin las clásicas hopalandas, apenas si en lo puntiagudo de su barba, si en lo encorvado de su nariz y en lo falso de su sonrisa se adivinaba al israelita, descendiente de la raza deicida que al matar a Dios hecho hombre, mató su única esperanza y puso el «inri» de la execración humana como final de una historia gloriosa, de la historia del pueblo escogido entre todos los pueblos, depositario de la religión verdadera, portastandarte de la cultura de su época.

Ismael era rico, muy rico; la raza proscrita, la raza sin hogar, se ha cobrado en dinero los desaires que recibe, las persecuciones de que es objeto, el desprecio que inspira. Pero el metal en sus manos avarientas es tortura más que regocijo del espíritu y regalo del cuerpo. Aquejado de una avaricia insaciable, sueña con el oro, atesora sin descanso, vive de las necesidades humanas, se nutre del dolor ajeno, chupa como babosa inmundicia la sangre de sus semejantes, y el oro, al pasar por sus manos como río inagotable, no le produce un deleite que en sus propios afanes lleva su castigo, como en su propia avaricia la penitencia de sus pecados.

Dos grandes amores llenaban el alma de Ismael: el amor al dinero y el amor a su religión; cuál de estos era más fuerte hubiera sido obra difícilísima averiguarlo: por dinero era capaz de vender a su propio padre; por su religión hubiera sacrificado su misma vida. Y el culto al Dios de Israel, puro, al Dios que promulgó desde las cumbres del Sinaí las tablas de la Ley, al Dios de Abraham y de Moisés, al Dios que recibía el homenaje del pueblo prosternado ante el tabernáculo, era en él más que culto, fanatismo, cerrado a toda transigencia, incapaz de toda tolerancia, y las lumbres de aquella religión abrasaban sus entrañas de creyente y le hacían revolverse airado contra el que titulándose Hijo de Dios, había hundido en el polvo del olvido al pueblo hebreo, desparamándole por el haz de los mundos, señalando su frente con el estigma de los réprobos y sembrando de obstáculos la senda dolorosa de su peregrinación por la tierra. Su antipatía a Jesucristo llegaba al odio; si de nuevo tomara vestidura carnal, de nuevo y por sus propias manos le clavara en la infamante cruz.

II

Muchos y muy intrincados eran los negocios a que dedicaba Ismael su actividad febril; por muy distintas fuentes aflucía el dinero a sus repletas arcas, pero la mayor parte de tales negocios hechos en la sombra, en la sombra permanecían como temerosos de salir a la luz del sol. Las gentes sólo le conocían uno, el tráfico de antigüedades, en el que el viejo israelita era consumadísimo perito.

En su tienda amontonábanse los objetos más raros, los más preciosos cachivaches que la imaginación de un artista loco ha podido inventar. Dijérase que todos los siglos y todos los pueblos habían sido puestos a contribución y que yacían allí revueltos, inmóviles y silenciosos, con la inmovilidad y el silencio de las cosas muertas. De aquel conjunto de ob-

jetos heterogéneos exhalábase un perfume acre, penetrante, de polilla, de tumba, algo que traía el recuerdo de cosas que fueron, de edades sepultadas en las lejanías de lo pasado. Y cuando los ojos penetraban deslumbrados por entre aquellos montones de objetos, que acumulaban en una tienda todas las artes de cincuenta siglos de civilización, sentíase como una especie de desvanecimiento de asombro y también de cansancio, y se agolpaban a la mente una infinidad de leyendas, de historias desdibujadas; dijérase que las figuras revivían, que las telas se rellebaban, que todo aquel mundo, evocado por el conjuro mágico de un poeta, levantaba la frente descarnada y cerraba el paso irritado y amenazador al que venía a turbar su reposo, a sacarle de ese sueño dulcísimo sin pesadillas y sin posible despertar.

Entre todas aquellas preciosidades artísticas, en medio de las desnudas estatuas del paganismo, entre relieves que representaban las desenfundadas bacanales de la Roma decadente, descollaba, atrayéndose todas las miradas, un Cristo crucificado de mármol, hermosísima escultura de tamaño natural, en la que el artista había impreso el sello impalpable del genio.

Daba a un tiempo lástima profunda y ponía hondo espanto en el corazón aquella doliente figura del Nazareno, a la que el artífice había dado apariencias de realidad, calor de vida. Goteada de sangre la noble y ya macilenta frente; hundidos los ojos turbios y apagados, sobre cuyas vidriadas pupilas extendíanse las sombras de la muerte; dolorosamente distendidos los nervios de los abiertos brazos, que esperaban amorosos a que la mísera humanidad se precipitara en ellos; desencajado el robusto pecho, a través del cual parecían oírse los estertores de la agonia; abierto por terrible lanzada el costado, del que parecía manar la sangre fresca, la escultura tenía algo de hermosamente grande, un reflejo de la humanidad que agoniza clavada en la eterna cruz de sus eternos dolores.

Ismael nunca había querido desprenderse de aquella joya de arte, por la que le habían ofrecido sumas fabulosas. Sentíase atraído hacia ella, acaso por lo mismo que simbolizaba todos los rencores de su vida. La miraba con ojos en los que relampagueaba el odio; la amenazaba con los cerrados é impotentes puños; parecía conservarla para gozarse diariamente con el bárbaro espectáculo, con el tremendo suplicio del que consumiéndose en amor inagotable por la humanidad, selló su amor con su sangre y quiso consolar al hombre compartiendo todas sus penas y pasando como él por el trance temido de la muerte.

Indudablemente se había establecido una misteriosa relación entre la escultura y el chamarilero, y parecía que el Divino Maestro miraba con infinita lástima al viejo anticuario y que sus ojos llenos de bondad desarmaban el furor de su irreconciliable enemigo.

III

Entre aromas de flores y con el despertar brioso de la naturaleza dormida, símbolo bello de la vida alimentándose de la muerte, había llegado la Semana Santa, esa semana a la que el hombre, tan olvidado de todo lo que le aparta de la tierra, consagra un fervoroso culto y un triste recuerdo.

Hay días que sintetizan un mundo y que ponen en los ojos una lágrima y en los labios una plegaria, que simbolizan todos los recuerdos del niño, todas las dulzuras del hogar, todas las creencias del hombre.

El mundo vive una vida vertiginosa de pasiones y luchas, de ambiciones y placeres; en ese camino que a su pesar emprende empujado por el acicate de los deseos, tropieza muchas veces y cae con frecuencia; le engaña la voluntad flaca, le engaña la imaginación loca, y encuentra espinas donde creyó encontrar flores y descubre abismos donde pensó hallar piso firme. Para su consuelo hace

un alto en el camino; ese alto es un instante, pero un instante en el que los placeres cesan y el apetito torpe descansa; en que la vibrante alegría cede el sitio al doloroso recuerdo, en que el hombre dobla la rodilla y murmura una oración. ¡Semana Santa! He aquí dos palabras que tienen el privilegio de conmover el mundo, de trocar la bulliciosa alegría en dulce tristeza, el descuidado alborozo en silencioso recogimiento. Las iglesias se visten de luto; los altares se ven despojados de sus galas, las campanas acallan su alegre tintineo, la muerte extiende su negra sombra sobre el mundo acongojado y maltrecho.

IV

Aquellas ceremonias que traían el recuerdo del espantoso drama que regeneró un mundo hundido en la esclavitud y dominado por la violencia; aquel trajín, no muy devoto ni muy compungido por cierto, de la gente cristiana, habían exasperado como nunca los odios que Ismael sentía contra el Divino Maestro, como si en su corazón se hubieran encendido de repente todos los rencores de cien generaciones de deicidas impenitentes y ufanos de su obra.

La rabia impotente del chamarilero había llegado al paroxismo en la noche de aquel Jueves Santo. Solo en su tienda, paseábase con paso nervioso y agitado; parábase de vez en cuando y tornaba luego a su paseo y a murmurar entre dientes palabras confusas que a buen seguro tenían más de maldición que de plegaria. Sus negros ojillos chispeaban de coraje; sus manos, parecidas a manos de sarmientos, alzábanse amenazadoras. Hubiese querido que la escultura del Crucificado perdiese su marmórea frialdad, que recobrase vida y movimiento, para abofetearle el noble rostro y matarle de nuevo, lentamente, con todo el bárbaro refinamiento, con todo el cruelísimo placer de un odio irreconciliable.

Incapaz de contener aquella ira que hacía estallar sus sienes y hervir en sus venas la sangre caldeada por el fuego de la pasión, abalanzóse a una de las panoplias de armas, cogió una lanza, y empuñándola con mano que el sacrilegio no hacía temblar, se dirigió al Cristo y dióle un fuerte golpe en el ensangrentado cuerpo. Y ocurrió entonces una cosa inaudita que puso espantoso pavor en el alma negra del judío: que la lanza, lejos de resbalar en el mármol, penetró en él como si fuera carne viva; que la sangre brotó a borbotones de la herida abierta, cayendo sobre la frente del anticuario; que las muertas pupilas se abieron con dolor, y que los cerrados labios murmuraron con acento de ultratumba, lleno de misericordia infinita:

—¡Perdónalo, padre, que no sabe lo que se hace!

El chamarilero dejó escapar de su oprimida garganta un grito ronco que más tenía de rugido que de voz de hombre. La ensangrentada lanza cayó estrepitosamente al suelo. El judío retrocedió, trémulo, pálido, y abatiendo el aire con sus manos, cayó muerto al pie de la profanada cruz, mientras el Cristo, lanzando una mirada de perdón sobre el mísero anticuario, volvía a su marmórea inmovilidad de estatua.

JOSÉ TORAL.

(Dibujo de Camps.)

ARTE CRISTIANO

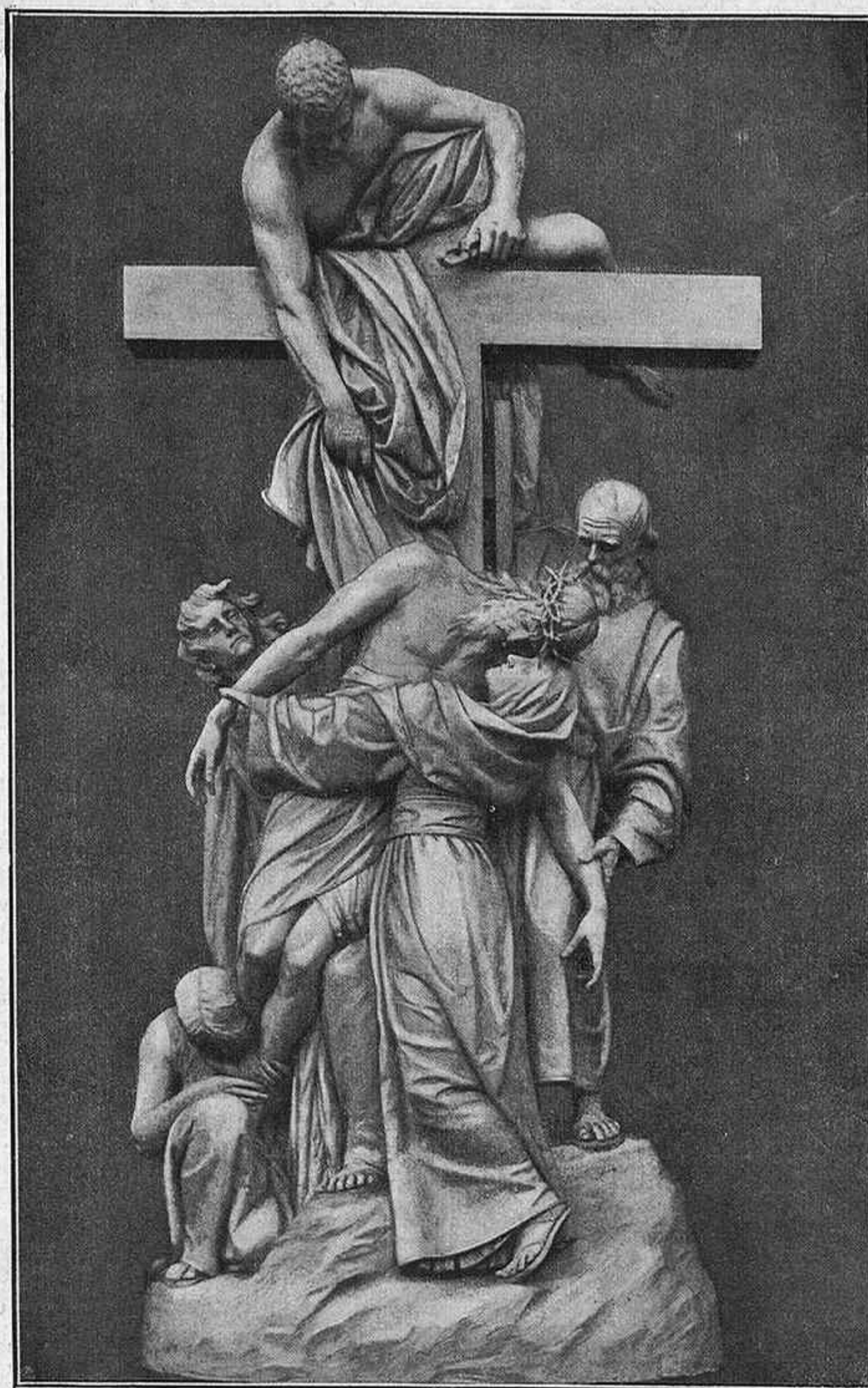
En el presente número publicamos varias obras que se prestan á muchas consideraciones sobre el modo distinto con que en diversas épocas y por escuelas diferentes ha sido comprendido el arte cristiano. Comparando, por ejemplo, el dibujo de Baroccio con el cuadro de Müller-Münster, se ve el concepto distinto que de los asuntos bíblicos tenían los artistas antiguos en relación con el que de ellos tienen algunos modernos, y la diferencia de procedimientos á que para pintarlos han recurrido unos y otros.

Baroccio, el autor de *El sepelio de Jesucristo*, fué célebre pintor y grabador italiano, nacido en Urbino en 1528. Destinábalo su padre á la profesión de instrumentos matemáticos; pero gracias á un tío suyo, que descubrió en él excelentes disposiciones para el dibujo, dedicóse á las bellas artes, y á la edad de veinte años, ávido de conocer las obras de su compatriota Rafael, marchó á Roma, en donde se vió protegido por el cardenal della Rovere, que le dió alojamiento en su propia casa y le encargó varios cuadros. Miguel Angel, á quien fué presentado, le animó y dió muy buenos consejos. Habiendo regresado poco después á Urbino y habiendo podido admirar algunos dibujos de Correggio, se propuso tomar á éste por modelo. En 1560 volvió á Roma, en donde Pío IV le confió el decorado del palacio del *Bosco di Belvedere*, y después de una grave enfermedad trasladóse nuevamente á Urbino, de donde ya no salió apenas y en donde pintó muchos cuadros para varias iglesias. El gran duque de Toscana, el emperador Rodolfo II y el rey Felipe II de España le hicieron las más brillantes proposiciones, que el estado de su salud le impidió aceptar, y murió en su ciudad natal en 1612. Baroccio gozó durante mucho tiempo de una gran reputación, y sus admiradores llegaron á decir que había sabido juntar la corrección de Rafael con las seducciones del Correggio. Algunos críticos, sin embargo, sin dejar de reconocer que fué un dibujante habilísimo, sobre todo en el arte de disponer sus composiciones y de establecer la debida ponderación entre los grupos que en las mismas entran, exageró la corrección y la elegancia y abusó de las coloraciones agradables. Sus obras figuran en los principales museos del mundo al lado de las de los grandes maestros del Renacimiento; en el

del Louvre se conserva el dibujo que reproducimos y en el cual se patentizan las cualidades que dejamos indicadas.

De un género completamente distinto es el cua-

lén y de Judea y de la otra parte del Jordán;» de su divina boca han salido los consuelos más hermosos, los consejos más sabios, los conceptos más sublimes en medio de su asombrosa sencillez; ha proclamado bienaventurados á los pobres de espíritu, á los mansos y humildes, á los que lloran, á los que tienen hambre y sed de justicia, á los misericordiosos, á los de corazón puro, á los pacíficos y á los que padecen persecución por ser justos; ha derramado dulcísimo bálsamo sobre las llagas de los desgraciados; ha abierto horizontes de felicidad celestial y eterna á los que sufren en esta vida terrena y transitoria; ha sentado las bases firmísimas de la sociedad cristiana, el amor, la fe, la esperanza, la resignación. Y terminado aquel sermón admirable, baja de la montaña seguido «de una gran muchedumbre de gentes.» El notable pintor alemán ha interpretado esta escena adaptándola á la época actual, y nos presenta á Jesús acompañado de obreros de nuestros días, en cuyos rostros se refleja la impresión inefable que en sus almas han producido aquellas consoladoras predicaciones.



El descendimiento de la Cruz, grupo en yeso modelado por Otón Lessing

Rafael Atché, el notable escultor catalán, nos da en su *Ecce Homo* una nueva prueba de su talento: la figura de Jesús es altamente expresiva y en su rostro ha sabido reflejar el artista todo el dolor humano y toda la resignación divina del Hijo de Dios hecho hombre, en los momentos de su pasión; las figuras de los sayones contrastan perfectamente con la del Redentor; y el grupo, en conjunto, presenta una corrección y una armonía de líneas dignas de las mayores alabanzas.

Otón Lessing se ha dedicado siempre á modelar esculturas de carácter profano; pero en la última exposición de bellas artes de Berlín presentó el grupo en yeso que reproducimos, perteneciente al género religioso. Esta obra fué objeto de grande y merecida admiración y obtuvo el aplauso del público y de los críticos; y basta contemplarla para comprender que es digna de figurar entre las mejores producidas por el celebrado escultor alemán, autor de innumerables estatuas, de multitud de retratos de personajes ilustres y de magníficos monumentos que se alzan en Berlín, en Weimar y en otras importantes capitales de Alemania.—S.



«Habiendo bajado Jesús del monte le fué siguiendo una gran muchedumbre de gentes» (San Mateo, VIII, 1), cuadro de F. Müller Münster

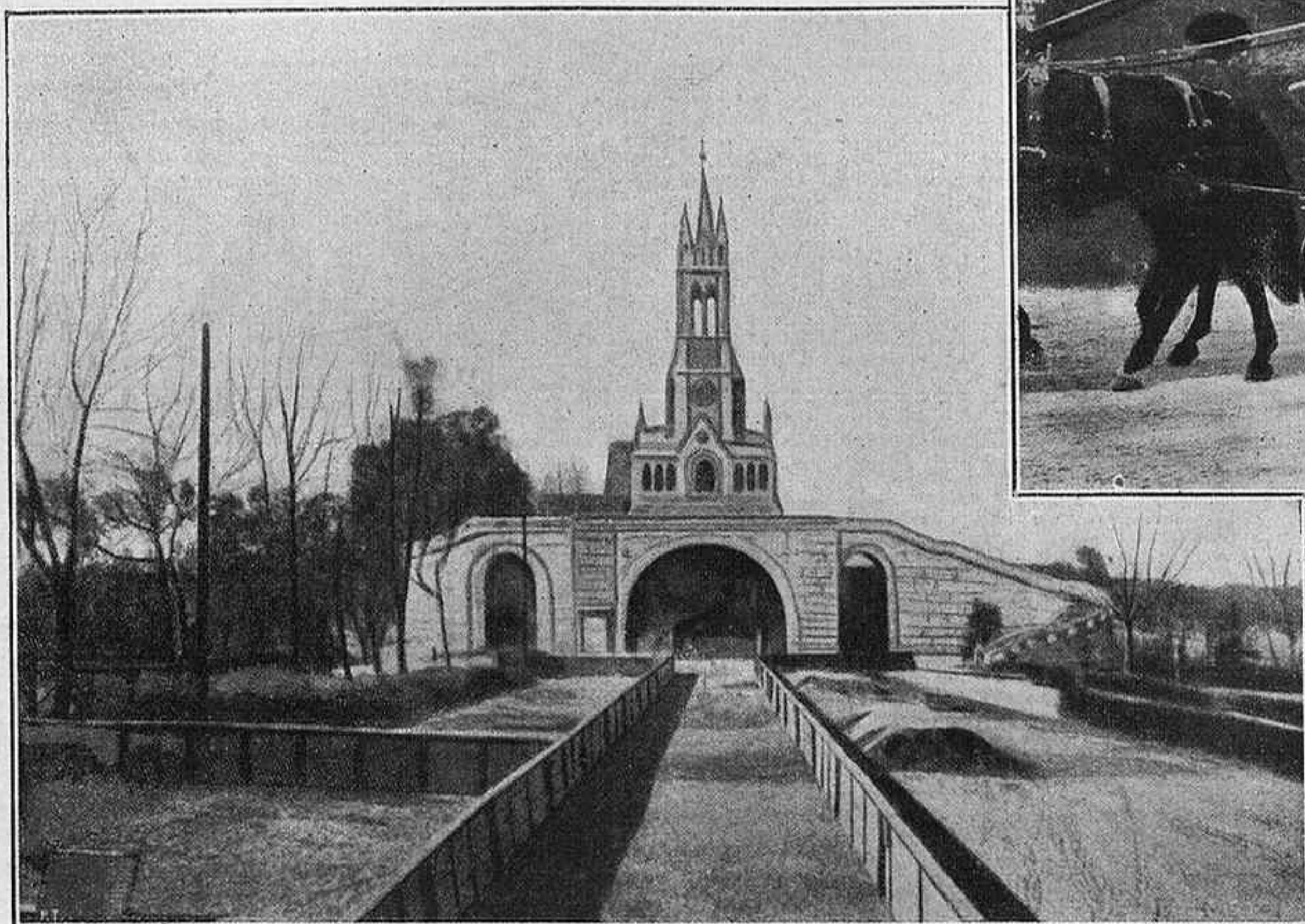


EL SEPELIO DE JESUCRISTO, dibujo de Baroccio que se conserva en el Museo del Louvre. (París)

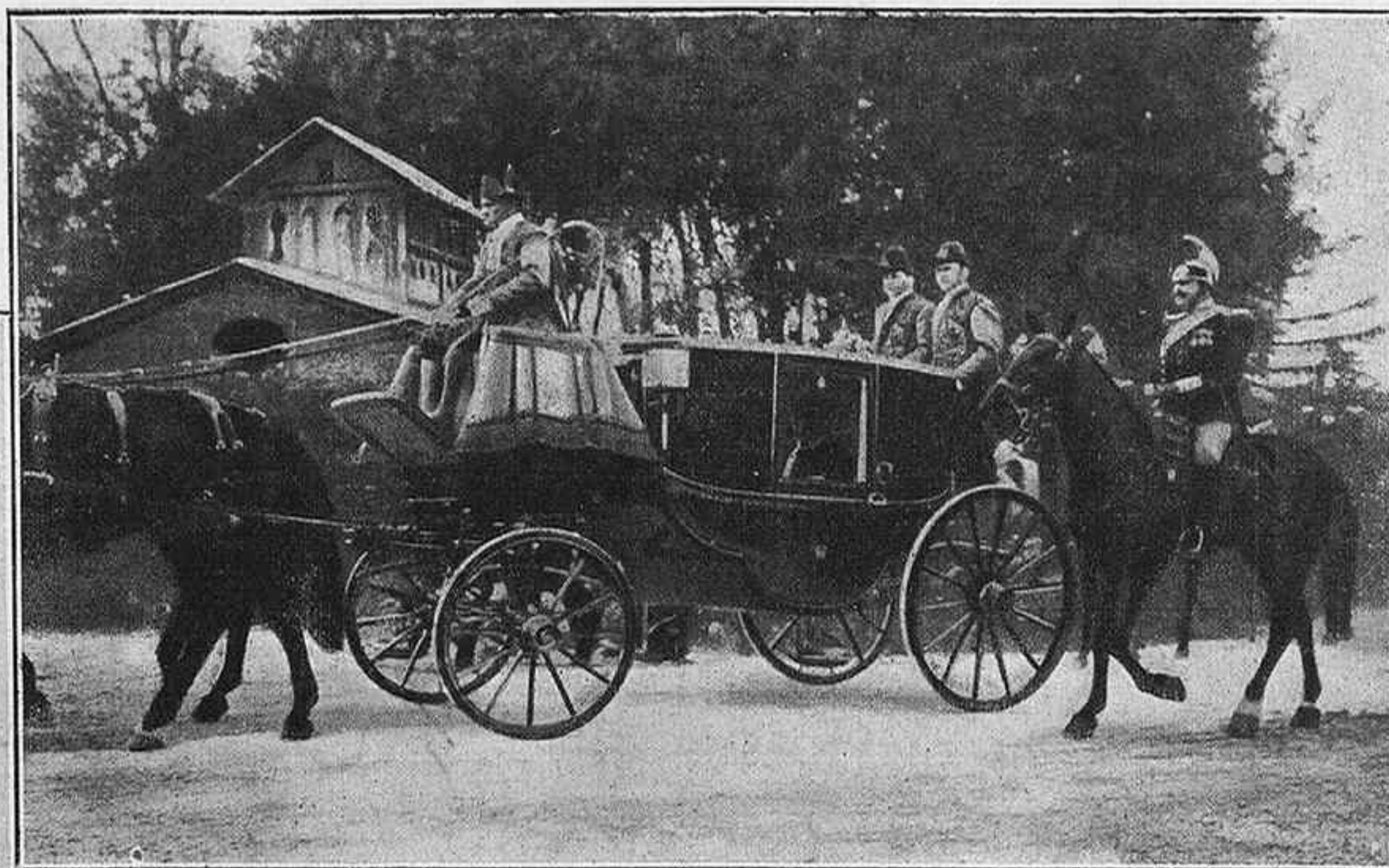
UNA IMITACIÓN DEL SANTUARIO DE LOURDES

EN EL VATICANO

Cuando en Francia arrecia la persecución contra la Iglesia católica; cuando después de la expulsión de las congregaciones que tanto bien han hecho á los pobres y á los desgraciados, ora proporcionán-



ROMA. — La gruta y la basílica de Lourdes reproducidas en los jardines del Vaticano. (De fotografía.)



Su Santidad Pío X dirigiéndose en coche á la inauguración de la gruta y basílica de Lourdes, reproducidas en los jardines del Vaticano (De fotografía)

28 de marzo último con la inauguración solemne del reproducido santuario, cuya construcción se ha efectuado más allá de la llamada torre de León IV, que el último papa había escogido y hecho arreglar como residencia veraniega.

El acto inaugural se celebró en presencia de una muchedumbre compuesta de más de veinte mil personas, y en la que figuraban numerosas representaciones de una importante peregrinación francesa, expresamente organizada para asistir á la ceremonia y presidida por varios obispos, entre ellos los de Tarbes y Langres, entre cuyas diócesis se levanta en Francia el santuario verdadero de Lourdes.

doles una instrucción sólida y cristiana en sus escuelas, ora asistiéndoles en sus enfermedades ó acogiéndolos en sus benéficos asilos, se disponen el gobierno y el Parlamento á decretar la separación de la Iglesia y del Estado, Su Santidad Pío X, espíritu conciliador y en extremo bondadoso, ha querido dar una nueva prueba de su afecto á la nación que siempre ha sido una de las predilectas de la Santa Sede reproduciendo en proporciones reducidas en los jardines del Vaticano el famoso santuario de Lourdes, objeto de devoción especial de los franceses y de gran veneración por parte de los católicos del mundo entero.

Iniciada la idea de la reproducción de la gruta milagrosa y de la suntuosa basílica, el obispo de Tarbes dirigió un llamamiento á los devotos franceses, los cuales respondieron con largueza á la invitación del virtuoso prelado; y así pudo realizarse fácil y prontamente el proyecto, que tuvo su coronación el día

Los grabados que en esta página publicamos y que son reproducciones de fotografías, permiten formarse perfecta idea de la exactitud con que han sido copiadas, en menores proporciones, la basílica y la gruta: la basílica consagrada en 1876 y en la cual se guardan los centenares de estandartes que allí van depositando las peregrinaciones que continuamente y procedentes de todas las partes del mundo acuden á Lourdes; y la gruta en la que en 1858 se apareció la Virgen á la joven Bernadeta Soubiróns y que desde entonces es objeto de veneración universal, como lo demuestran con elocuente evidencia los millares de exvotos y ofrendas de todas clases, desde los más modestos á los más ricos, con que los devotos atestiguan su gratitud á la Madre de Dios por los especiales favores de ella recibidos, y que patentizan los numerosos milagros por ella realizados.—X.



ROMA. — SOLEMNE INAUGURACIÓN DE LA GRUTA Y BASÍLICA DE LOURDES, REPRODUCIDAS EN LOS JARDINES DEL VATICANO. — S. S. PÍO X DANDO LA BENDICIÓN Á LA MULTITUD CONGREGADA DELANTE DE LA REPRODUCCIÓN DE LA MILAGROSA GRUTA. (De fotografía.)

Crónica de la guerra ruso-japonesa

Según parece, los rusos han suspendido su movimiento de retirada hacia el Norte y se han detenido en los alrededores de Feng-Hua, población situada a 110 kilómetros de Tieling, en donde Linievitch, después de haber enviado 50.000 hombres a Kharbin, se dispone con 250.000 a hacer frente a los japoneses. El grueso de las fuerzas de éstos continúa al Sur de Tieling, lo cual demuestra que el mariscal Oyama no ha completado todavía la organización de los servicios de retaguardia, ni la reconstitución de sus abastecimientos de víveres y municiones.

En el cuartel general de Okú hay millares de chinos y soldados japoneses ocupados en sanear el campo de batalla de Mukden, medida tanto más necesaria cuanto que la temperatura ha subido considerablemente, y por consiguiente, podrían estallar graves epidemias si no se toman grandes precauciones.

Los encuentros entre las avanzadas de los dos adversarios son cada vez más frecuentes y aun los rusos se han atrevido en alguna ocasión a tomar la ofensiva: tal sucedió en los días 3 y 4 de este mes, en los cuales una columna rusa avanzó hacia el Sur y bombardeó la población de Chen-Tsia-Tsien, siendo en definitiva rechazada por los japoneses. Es evidente que estos movimientos de avance no tienen por objeto desalojar al enemigo de las posiciones que ocupa, y lo prueba lo poco numerosos que son los contingentes que los ejecutan; el verdadero objeto que éstos se proponen es seguramente practicar algunos reconocimientos, retirándose inmediatamente después de haber logrado su propósito. De todos modos, estas escaramuzas demuestran que los dos ejércitos se van reponiendo de los efectos de la terrible batalla de Mukden; la situación es, por consiguiente, la misma que hemos visto después de cada gran batalla, es decir, uno de esos períodos de calma durante los cuales ambos beligerantes se preparan para nuevos combates. No faltan, sin embargo, periódicos que aún insisten en que el mariscal Oyama está llevando a cabo un amplio movimiento envolvente; pero hasta ahora nada hay que dé visos de certeza a esta suposición, y no cabe admitir que operación de tanta importancia pueda efectuarse sin que el adversario se dé cuenta de ello.

Pero el interés de la guerra está actualmente, no en la Mandchuria, sino en los mares. La escuadra de Rojestvensky se encuentra ya en los mares de la China, con lo cual quedan por de pronto desmentidos los rumores que por un momento circularon de que esa escuadra había emprendido su regreso a Rusia. En ella se cifran ahora las esperanzas de los que confían en un cambio favorable a la causa rusa.

El almirante Rojestvensky dispone de tres divisiones, mandadas por Felkersamm, Emquist y Bostrowsky y que forman un total de 47 buques, a saber: seis acorazados, ocho cruceros, nueve contratorpederos y veinticuatro transportes ó cruceros auxilia-

res. El almirante en jefe no ha querido esperar que se le uniera la flota de Nebogatof, compuesta de siete u ocho unidades, decisión que no debe extrañar a nadie por cuanto Rojestvensky ha censurado siempre el envío de aquella escuadra de refuerzo, diciendo que se componía de buques viejos y poco homogéneos que, al incorporarse a los suyos, perjudicarían

dos y de excelentes condiciones; pero si se tiene en cuenta que el último combate por mar ocurrió hace ocho meses y que desde entonces la flota japonesa no ha hecho otra cosa que coadyuvar al sitio de Puerto Arthur, tarea fácil, dada la inactividad de los buques rusos, puede suponerse que los barcos del almirante Togo han tenido tiempo sobrado para reparar las averías que pudieran haber sufrido y ponerse de nuevo en perfectas condiciones.

No se sabe en dónde está la escuadra de Togo, pues en esta ocasión, más que nunca, el Japón ha persistido en su costumbre de ocultar por completo los movimientos de sus ejércitos y de sus barcos, sistema al cual debe sin duda una buena parte de los éxitos obtenidos, así en tierra como en el mar. Suponen algunos que esa escuadra ó parte de ella se encuentra cerca del estrecho de la Sonda; pero no es fácil que el almirante Togo, que tantas pruebas tiene dadas de su prudencia, se haya aventurado tan lejos de los puertos japoneses y de sus bases de operaciones. Es de presumir, pues, que espere a la escuadra enemiga más al Norte y que, por consiguiente, tarde aún algún tiempo en efectuarse el choque de ambas escuadras.

Es imposible prever cuál será el resultado de este choque; pero sí puede afirmarse que las futuras operaciones navales tendrán una influencia decisiva en la suerte de la guerra. Si Rusia consiguiese hacerse dueña de los mares del Japón; si el mariscal Oyama, triunfante en la Mandchuria, viese cortadas sus comunicaciones naturales y por ende dificultadas en extremo, si no imposibilitadas, sus abastecimientos de tropas, víveres y municiones, la faz de la guerra cambiaría por completo y podría cumplirse entonces la predicción de Kuropatkin cuando al encargarse del mando supremo del ejército ruso decía que los japoneses tendrían que rendirse á discreción ó arrojar al mar. Pero para conquistar ese dominio de las aguas japonesas, ¡cuántas victorias sucesivas ha-



El general LINIEVITCH abrazando al general KUROPATKINE después de haber éste obtenido autorización del Tsar para continuar tomando parte en la guerra, al frente del 1.º ejército, y de haber aquél sido nombrado general en jefe del ejército de la Mandchuria. (Dibujo de E. Morata.)

notablemente a la cohesión de la fuerza naval de éstos.

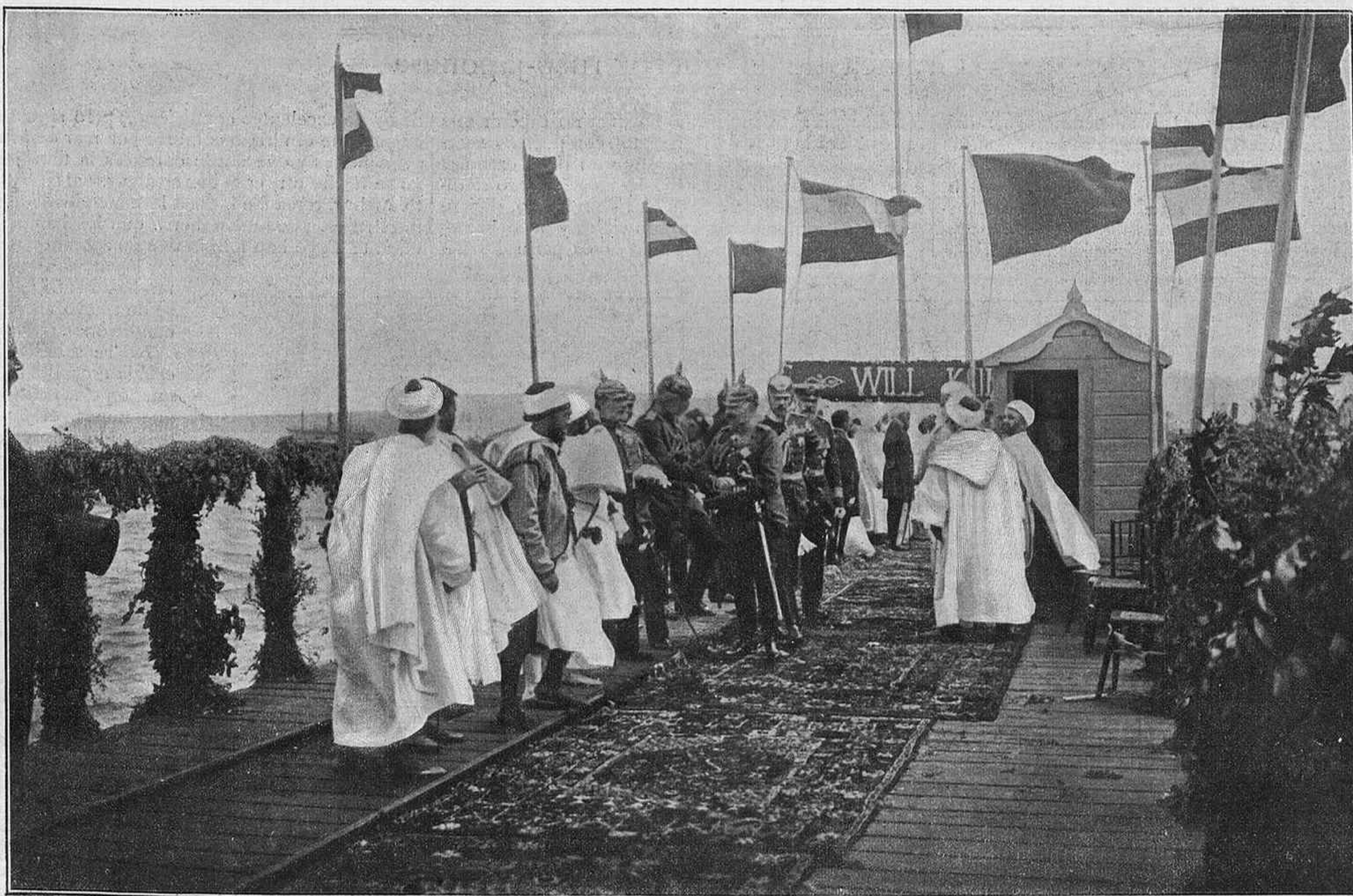
Los japoneses poseen actualmente cinco acorazados, siete cruceros acorazados, unos quince cruceros ordinarios y un número de contratorpederos difícil de precisar, pero muy superior al de los contratorpederos rusos.

Tienen, pues, los japoneses la superioridad del número y además la ventaja de disponer de numerosos arsenales dotados de todos los elementos necesarios para reparar las averías importantes. Pero además tienen la otra ventaja inmensa de que sus estados mayores y sus tripulaciones están acostumbrados a la lucha naval desde hace catorce meses, son prácticos en toda clase de maniobras y sobre todo están animados de la confianza que les han infundido sus anteriores triunfos.

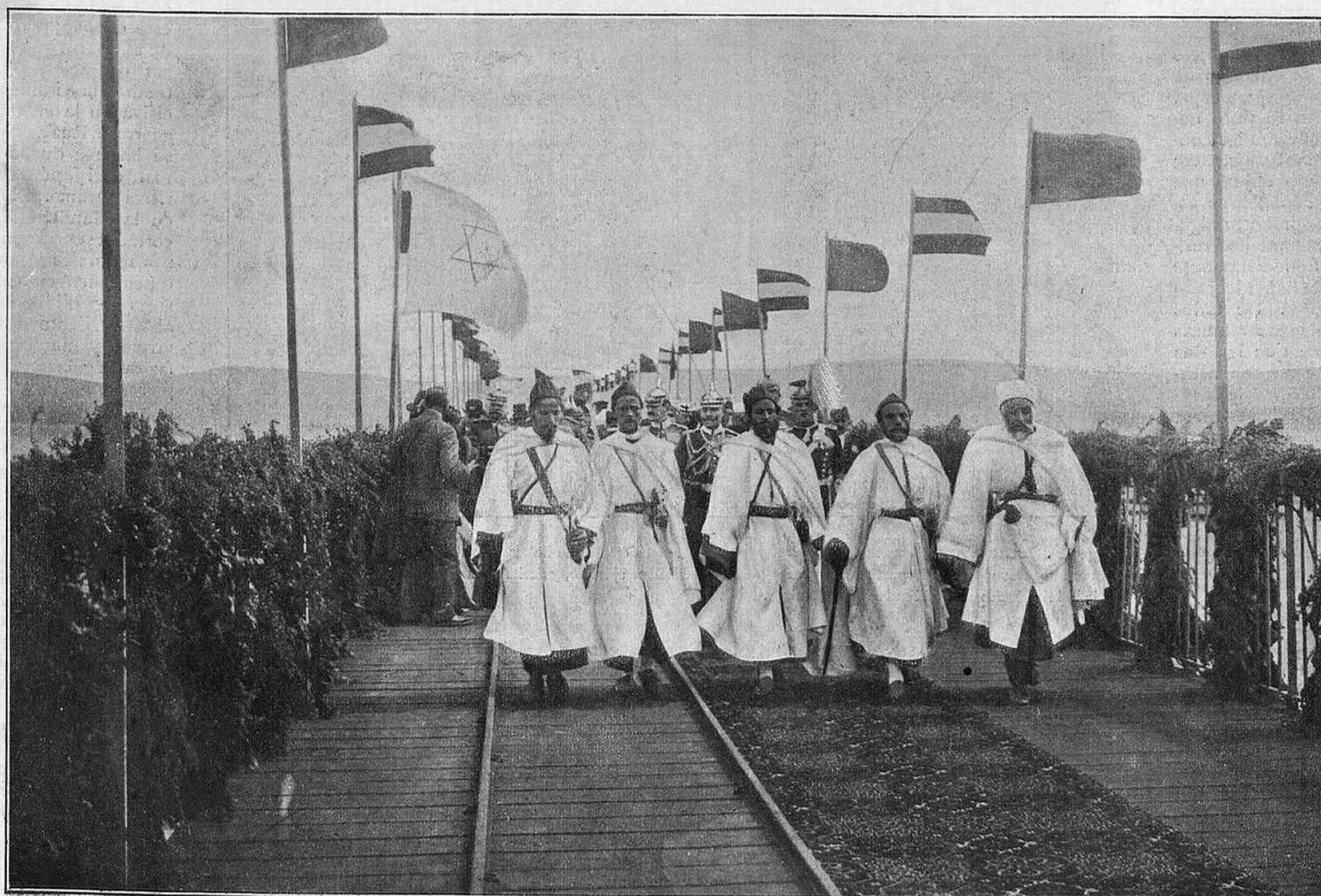
Cierto que la duración de la guerra ha podido perjudicar al material naval japonés, al paso que los rusos entrarán en acción con barcos nuevos casi to-

bria de conseguir la escuadra de Rojestvensky sobre la de Togo! ¿Y tendría medios para conseguirlas, no contando como no había de contar con más bases de operaciones que el puerto de Vladivostock, situado precisamente en el extremo más apartado de su campo de acción? En cambio la escuadra rusa puede quedar definitivamente vencida en un solo combate, pues careciendo de puertos en donde refugiarse ó reponerse, por poco grave que fuese la derrota, sus buques ó caerían en poder de los japoneses ó tendrían que entrar en puertos neutrales y quedar, por ende, inútiles para proseguir la lucha.

¿Qué sucedería en este caso? ¿Consentiría Rusia en firmar la paz? ¿Se resolvería a proseguir en la Mandchuria la guerra hasta agotar las fuerzas del Japón? La conducta del gobierno ruso parece indicar que adoptaría esta segunda solución; puesto que no cesa en sus grandes preparativos para enviar refuerzos a la Mandchuria.—R.

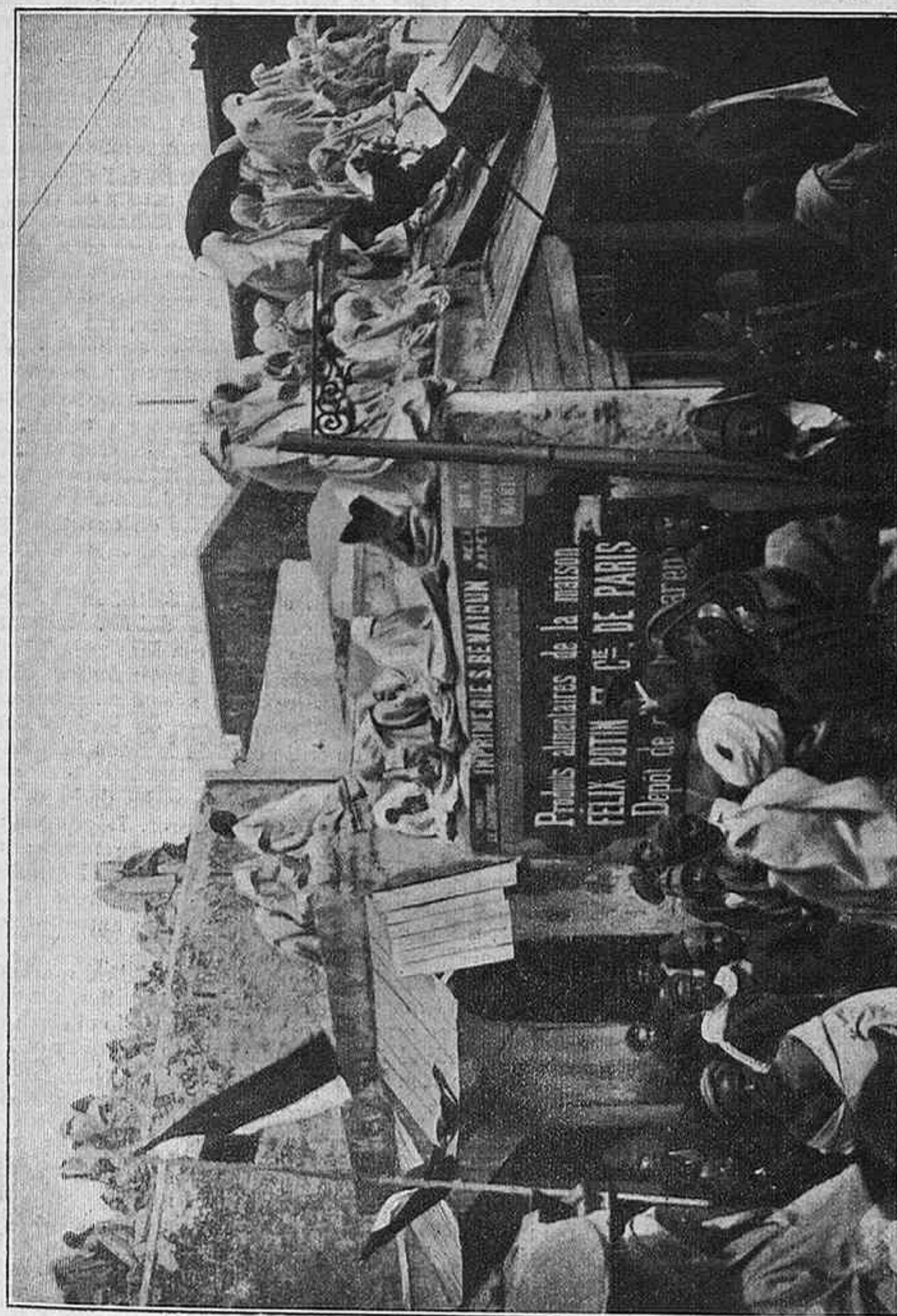


DESEMBARCO DE LOS OFICIALES DEL ESTADO MAYOR IMPERIAL ALEMÁN CON OBJETO DE ENTERARSE DEL ESTADO DE LOS ÁNIMOS DE LA POBLACIÓN MARROQUÍ Y DE LAS COLONIAS EXTRANJERAS

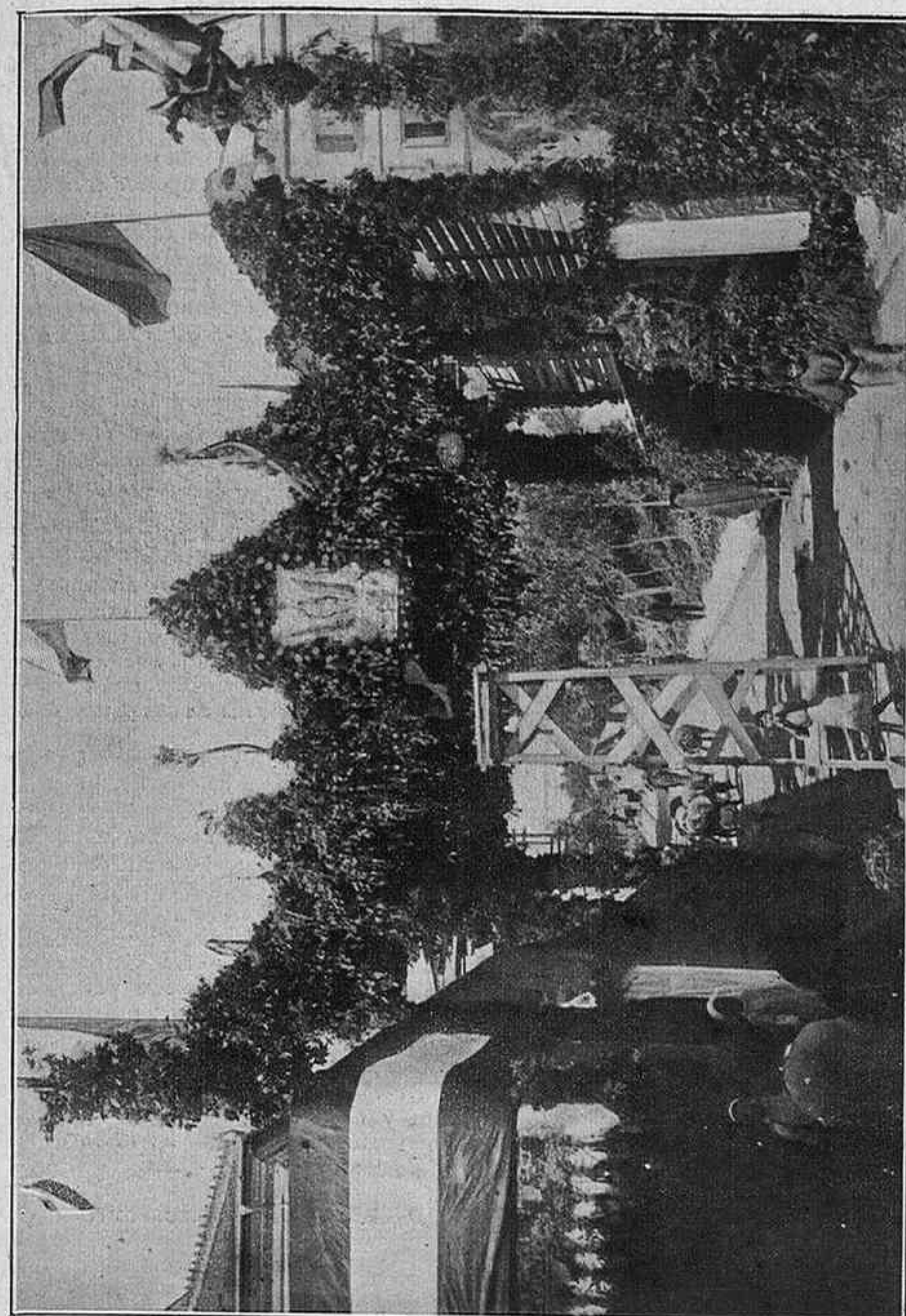


DESEMBARCO DEL EMPERADOR GUILLERMO II, QUIEN DESDE EL DESEMBARCADERO SE DIRIGIÓ A LA LEGACIÓN DE ALEMANIA

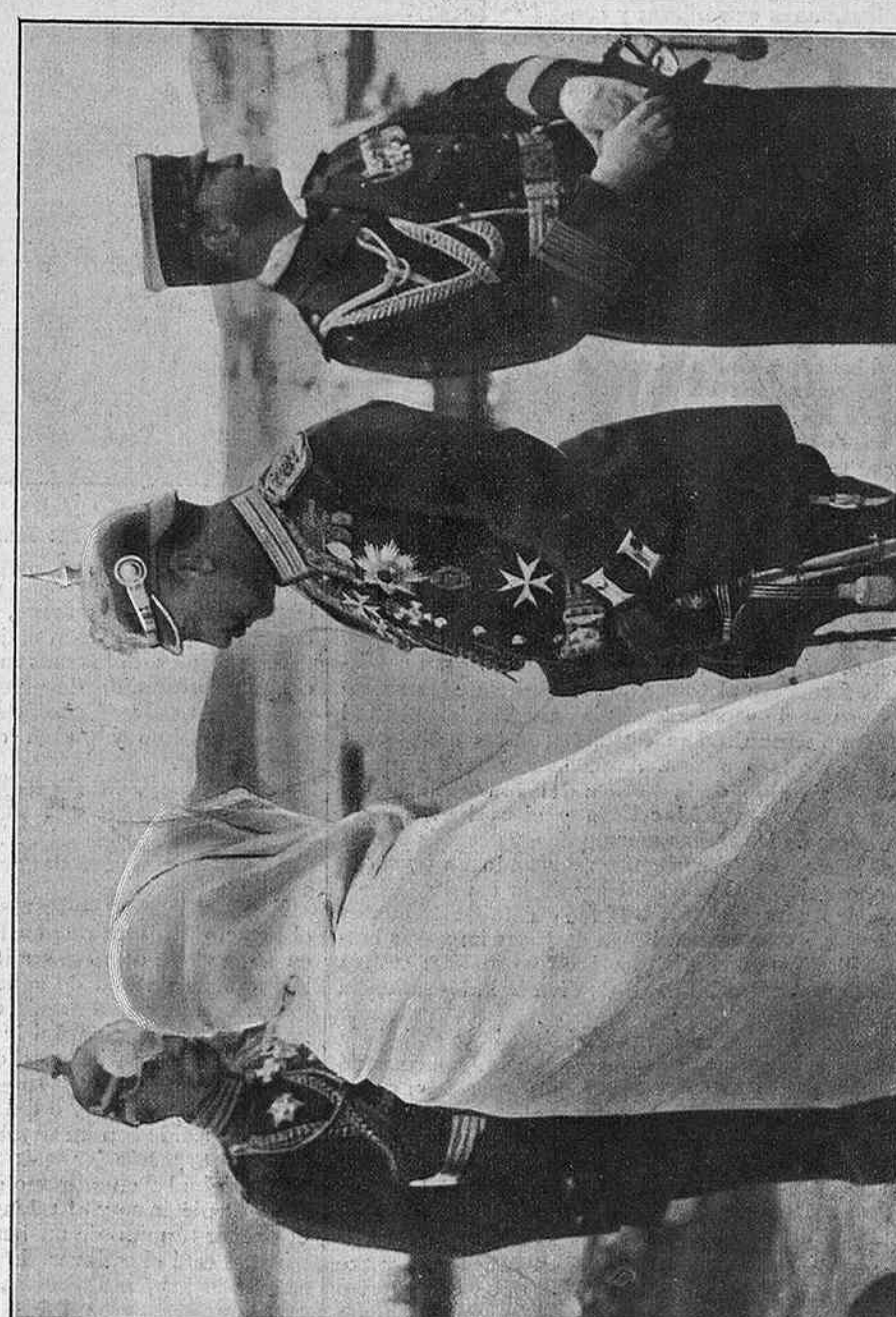
VISITA DEL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA Á TÁNGER (de fotografías de «Photo-Nouvelles»)



LA POBLACIÓN FEMENINA DE TÁNGER PRESENCIANDO DESDE LAS AZOTEAS LA LLEGADA DEL EMPERADOR GUILLERMO II



ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO POR LA POBLACIÓN JUDÍA EN HONOR DEL EMPERADOR GUILLERMO II



EL EMPERADOR GUILLERMO II HABLANDO CON ABD-EL-MALEK, tío del SULTÁN DE MARRUECOS



EL CAÍD MAC-LEAN DANDO LA BIENVENIDA AL EMPERADOR GUILLERMO II
VISITA DEL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA Á TÁNGER (de fotografías de «Photo-Nouvelles»)

EL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA

EN TÁNGER

Pocos viajes de soberanos han causado en el mundo diplomático impresión tan grande como la que ha producido la excursión del emperador Guillermo II de Alemania á Tánger.

Reciente la firma de los convenios anglo-francés y franco-español, en los que se han sentado las bases de la futura política internacional en Marruecos, distribuyéndose las tres potencias que en ellos intervinieron los papeles que en el imperio marroquí había de desempeñar cada una; cuando Francia, representando el que en el reparto le había sido adjudicado, acababa de entrar en escena enviando á Fez la embajada Saint-René Taillandier, de cuyos trabajos tanto esperan los franceses, el soberano alemán, como si quisiera protestar de un modo directo de aquellos tratos en los que ninguna intervención se le ha dado y demostrar al mismo tiempo de una manera pública y que no diese lugar á dudas, que para él tales pactos no tenían fuerza alguna y que Alemania seguiría la política que en Marruecos se ha trazado, como si aquellos convenios no existieran, se ha presentado inopinadamente en Tánger, y aunque sólo ha permanecido allí breves momentos y pronunciado muy pocas palabras, su estancia ha durado lo bastante para que las cancillerías europeas se dieran cuenta de la gravedad y trascendencia del viaje, y sus frases han sido suficientes para dar á conocer su firme voluntad y sus propósitos no menos firmes en cuanto con el problema marroquí, y por ende con el problema del Mediterráneo, se relaciona. Y Alemania es una nación que sabe hacer respetar su voluntad y llegar al fin que se ha impuesto.

El día de la llegada del emperador Guillermo II, Tánger ofrecía un aspecto sumamente pintoresco: en todas partes se veían arcos de percalina levantados por los moros; otros más artísticos contruidos por alemanes, españoles, ingleses é israelitas; balcones engalanados, pórticos adornados con ramaje, tribunas, banderas y gallardetes; en las azoteas, la población femenina, y en las calles una multitud abigarrada esperando todos ver al *Kaiser*.

A las nueve de la mañana del 31 de marzo último, las baterías de la plaza hicieron las salvas saludando al vapor *Hamburgo*, que conducía al emperador, y poco después destacábase del buque un remolcador arrastrando una lancha. En el desembarcadero esperaban las legaciones extranjeras y con ellas Abd-el-Malek, tío del sultán y expresamente enviado por éste á Tánger para recibir al soberano alemán. Creyeron todos que éste iba en la lancha que se acercaba, y las cabillas, que se extendían á lo largo de la playa, hicieron un fuego graneado, ensordecedor; pero en vez del *Kaiser*, vieron desembarcar á unos cuantos oficiales del estado mayor imperial, quienes anunciaron que el emperador no bajaría á tierra. El desencanto de todos fué inmenso; las tropas rompieron filas, y el público y las representaciones oficiales se retiraron.

De pronto, á las once, cuando la mayor parte del pueblo se hallaba en sus casas, sonaron salvas de los dos cruceros franceses anclados en la rada, mientras el crucero alemán que escoltaba al *Hamburgo* y las baterías de la plaza permanecían silenciosas: del *Hamburgo* acababa de salir una lancha que conducía á Guillermo II. Este llegó al desembarcadero, en donde habían vuelto á reunirse precipitadamente los elementos oficiales y la colonia alemana, que saludó á su soberano con entusiastas hurras.

Mientras tanto, en la ciudad habíase producido gran confusión: los askaris formaban al toque de sus cornetas; los balcones volvían á llenarse de espectadores; las músicas lanzaban al aire sus tocatas; y la multitud se estrujaba en las calles para presenciar el paso de la comitiva. Abría la marcha un grupo de jinetes árabes, seguido de la música del sultán; detrás de ellos el caído anglo-marroquí Mac-Lean y el capitán francés Fournier, instructor de las tropas marroquíes, y después el emperador, en uniforme de feldmariscal y montando un hermoso caballo blanco, seguido de sus oficiales y de la escolta. El recibimiento fué entusiasta; Guillermo II fué objeto de delirantes aclamaciones y sobre él cayó una lluvia de hojas impresas lanzadas desde el Sindicato español, en las que se leía: «Viva España! Viva el emperador Guillermo! Viva la independencia de Marruecos!»

Al llegar al Zoco grande, en donde está situada la embajada alemana, las cabillas dispararon sus espingardas, no cesando el fuego durante la hora en que el *kaiser* permaneció en su legación. En ésta y en presencia de la colonia alemana y de Abd-el-Malek, á quien se dirigió expresamente, pronunció un breve discurso, diciendo que su visita á Tánger tenía por objeto demostrar que los intereses alemanes en Marruecos debían ser protegidos y garantizados; que para concertar los mejores medios de conseguir esto, se entendería directamente con el sultán, á quien consideraba como soberano independiente, y que en cuanto á las reformas que el sultán proyectaba era preciso proceder con gran circunspección, teniendo muy en cuenta los sentimientos religiosos de la población marroquí, á fin de evitar perturbaciones del orden público. Ya antes, al desembarcar, había saludado á Abd-el-Malek diciéndole que visitaba al sultán considerándole soberano independiente y que esperaba que bajo su soberanía se abría un Marruecos libre á la competencia pacífica de todos los pueblos sin monopolios.

Poco después abandonaba la embajada, y sin visitar el resto de la ciudad, sin asistir á la recepción oficial que en su honor se había dispuesto en el Marshan, embarcóse nuevamente y á las tres de la tarde el *Hamburgo* abandonó las aguas de Tánger.

La prensa inglesa y la francesa han hecho comentarios que demuestran cuánto les duele el acto realizado por el emperador Guillermo; los periódicos alemanes contestan en el mismo tono, dando á entender que Alemania no consentirá no sólo que se

varias escenas báquicas) y que se atribuyen á Benvenuto Cellini. Esta supuesta paternidad está justificada en primer lugar por la semejanza que existe entre estos trabajos y otros indubitados de aquel inmortal artista y por la procedencia de tales relieves, los cuales pertenecían á la colonia Borghese, que según antigua tradición, había encargado el papa Paulo V á B. Cellini.

POMPEYA. — En la vía Stabiana se ha descubierto un edificio que por su magnificencia y riqueza de ornamentación es muy superior á la tan famosa casa de los Vettios. En él se han encontrado docenas de estatuas, bustos, fuentes, medallones de cristal con figuras de amorcillos; pero lo más importante que contiene son unas hermosas pinturas murales que representan escenas de los poemas de Homero.

NUEVA YORK. — En septiembre de este año se inaugurará en Nueva York un monumento á Verdi, cuya ejecución ha sido confiada al escultor Civiletti, de Palermo.

LEIDEN. — Holanda se prepara á celebrar el tercer centenario de Rembrandt. En el sitio en donde estuvo situado, en las afueras de Leiden, el molino de su padre, se erigirá un monumento dedicado al gran pintor, y en la citada ciudad se celebrará, en el mes de julio próximo, una exposición de sus obras y de las de sus discípulos.

NUREMBERG. — Una persona que no ha querido dar su nombre ha hecho un donativo de 50.000 marcos (62.500 pesetas) para la erección en aquella ciudad de un monumento á Schiller.

Espectáculos. — En Colonia se ha constituido una asociación para dar en aquella ciudad, á partir del próximo junio, ocho representaciones de las óperas *Fidelio*, de Beethoven; *Los maestros cantores de Nuremberg* y *Tristán é Isolda*, de Wagner, y *Las bodas de Figaro*, de Mozart, que serán dirigidas por los célebres maestros Richter y Weingartner.

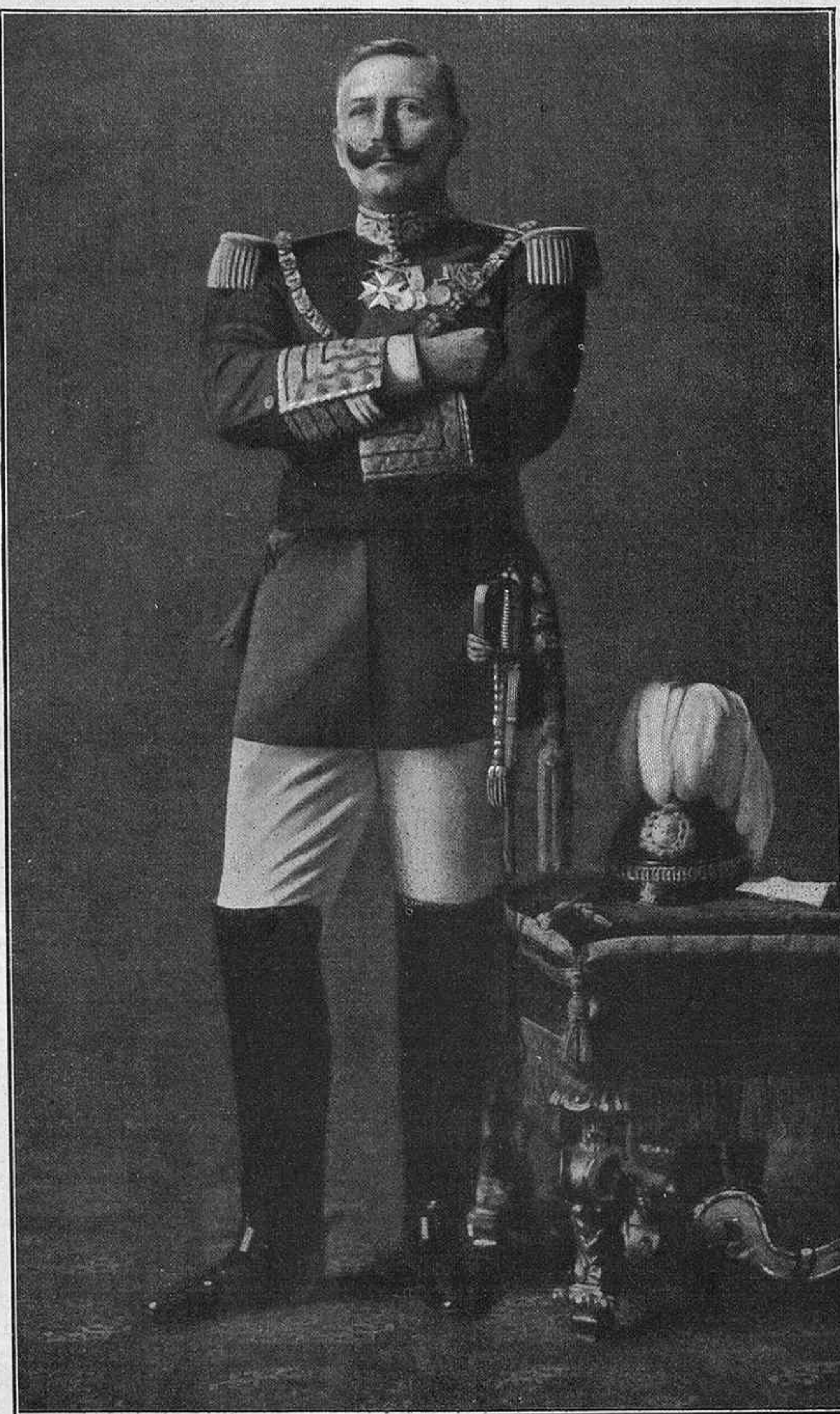
París. — Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Hippolyte couronné*, drama antiguo en cuatro actos y en verso de Julio Bois; en la Gaité *Scarron*, comedia trágica en cinco actos y en verso de Cécile Mendès; en los Bouffes-Parisiens *Le dernier rêve du duc d'Enghien*, comedia en un acto y en verso de la señora A. Gardilanne, y *Le Talisman*, comedia en tres actos y en verso de Luis Marsolleau; en el teatro Antoine *Le meilleur parti*, comedia en tres actos de Mauricio Maïndron; en el Triángulo *Ces Messieurs du Tiers*, comedia en cinco actos de Claudio Bertón; en la Comedia Francesa *Shylock ou le Marchand de Venise*, comedia en tres actos y cinco cuadros de Alfredo de Vigny, tomada de la del mismo título de Shakespeare, y *Il était une bergère*, comedia en un acto y en verso de Andrés Rivoire; y en la Renaissance *Monsieur Pigeois*, comedia en tres actos de Alfredo Capus. En el teatro Sarah-Bernhardt se ha representado la reconstitución de la tragedia de Racine *Esther*, tal como la representaron los alumnos de Saint-Cyr en su pensionado, en 1689, en presencia de Luis XIV, con un prólogo en verso de Juan Sardou y algunos números musicales de Reinaldo Hain. En el Nouveau-Theatre está dando una serie de representaciones la eminente actriz italiana Leonor Duse, que obtiene grandes triunfos en cuantas obras interpreta.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Barrer para dentro*, comedia en un acto del Sr. Maristany; y en el Eldorado, por la compañía de Teresa Mariani, *Fiamme nell'ombra*, drama en tres actos de E. A. Butti; *Joujou*, comedia en tres actos de Enrique Betstein; *El nido altrui*, comedia en tres actos, traducción de *El nido ajeno*, de Jacinto Benavente, y *La crisi*, comedia en tres actos de Marcos Praga.

— En la Asociación Musical de Barcelona ha dado un concierto el notable cuarteto formado por los Sres. López Naguil, López Casals, Ribas y Rabentós, quienes interpretaron admirablemente, con ajuste y sobriedad irreprochables, el *Cuarteto*, obra 13, n.º 2, de Mendelssohn, y el de Beethoven en *Do mayor*, obra 59, n.º 3, que les valieron aplausos entusiastas.

— En el Círculo Musical Bohemio se ha celebrado un concierto, en el que los Sres. Corróns, Salvadó, Miralles, Oliveres y Bonastre obtuvieron muchos aplausos ejecutando el *Quinteto*, obra 45 de Normand; el *Cuarteto*, obra 14 de Pierné, y el *Trío en sol* de Beethoven. También fué muy aplaudido el Sr. García, que tocó en el piano varias piezas de Chopin, Paderewski y Schumann.

— En el Centro Artístico Musical ha dado un concierto la joven pianista Srta. Ayguadé, discípula del maestro Sr. Vidie-la, que fué muy aplaudida por el acierto con que ejecutó difíciles composiciones de Mozart, Mendelssohn, Chopin, Schumann y Liszt.



EL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA, en uniforme de capitán general español

la postergue en Marruecos, sino que ninguna otra potencia alcance allí una situación mejor que la que ella obtenga.

El litigio es de los más interesantes que la política internacional ha sostenido de muchos años á esta parte. De esperar es que se resolverá pacíficamente; de lo contrario, el conflicto sería gravísimo y podría determinar una verdadera conflagración. — P.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — PARÍS. — El Estado francés ha adquirido el palacio Maisons que en París construyó Francisco Mansart en 1650 y que costó seis millones de liras. Con esto se evitará la inminente ruina de aquel edificio, que es uno de los más bellos monumentos arquitectónicos de aquella época y que seguramente se destinará á Museo Nacional, á fin de aligerar los demás museos parisienses, que están excesivamente ocupados.

BERLÍN. — El Museo del Emperador Federico, de Berlín, se ha enriquecido con un notabilísimo cuadro del pintor veneciano Víctor Carpaccio (1455-1525). Es una *Pieta* de concepción muy original y en extremo característica, en la que se admiran el vigor pictórico y el talento narrativo del gran maestro. En el primer término de un hermoso paisaje y sobre una mesa de mármol está el cadáver de Jesucristo; en el centro del fondo se ve á la Virgen Dolorosa, acompañada de San Juan y de algunas mujeres, y en último término hay el sepulcro preparado para el Salvador.

— El célebre coleccionista berlinés G. Salomón ha regalado al Museo del Emperador Federico seis relieves en oro que representan escenas de la antigua mitología (combate de gigantes, Perseo en el banquete de Fineo, muerte de los Niobidas y

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLETTE, 29, B. Italiens, Paris



¿Llora usted, Luciano? ¿Qué tiene usted?.. ¿Qué pasa?..

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Así había llegado hasta la calle de Vieille-Estrapade y de la Contrescarpe, cuyos nombres pintorescos y aspecto de antigüedad le habían encantado, con esa sensación que produce un pasado muy antiguo y muy oscuro al ponerse en contacto con una esperanza naciente. Después, la pobreza y el silencio de la calle Rollin le enternecieron: el sol poniente inundaba de luz la parte de la callejuela en que estaba la casa de Berta, una de esas antiguas moradas, abrigo en otro tiempo de grandes existencias, que conservan hasta en su ruina trazas y toques de aristocracia. Aquel edificio mostraba una fachada casi ahuecada por el hundimiento del terreno, con una puerta cochera de noble estilo, y un patio lleno de cobertizos y de escombros, pero con altas ventanas.

El enamorado se sentó en un poste cercano y allí se estuvo hasta que cerró la noche, absorto en una contemplación que inundaba su alma de gozo casi sobrehumano. Las invasiones de un gran amor tienen esas horas de una intensidad indescriptible y que contrasta de un modo asombroso con la trivialidad de los sucesos que les sirven de causa ó de pretexto.

¿Qué le había sucedido á Luciano? Había sabido el nombre, la profesión y la casa de la joven á quien amaba y había hablado con ella. Todo ello no era nada, pero ese nada bastaba para que corriesen por sus venas raudales de poesía.

Berta era joven; él era joven, y estaban en primavera. Las profundas identidades de inteligencia, las fraternales semejanzas de pensamientos, tanta gracia unida con tanta seriedad, la violenta antítesis de su belleza y de sus trabajos, la frescura y la delicadeza de sus facciones asociadas con visiones de enfermedad de muerte, con camas de hospital y mesas de disección, la extrañeza de su encuentro y su completa carencia de todo elemento convencional, el deseo de próximas entrevistas, ¡cuántos principios de pasión para un joven de aquella edad y que nunca había amado!

Todos ellos relucían en su memoria como una aurora. ¿No había sido aquella la de su dicha?

Sí, había sido muy dichoso, como se es á los veintitrés años, cuando la frescura intacta del deseo, la confianza en el tierno genio femenino y el tiempo indefinido que tiene delante la pasión permiten al corazón expansionarse sólo con la presencia del ser amado y contentarse con ella.

Más tarde, la experiencia desengañada de la vida, las exigencias del orgullo viril y la impresión desconsoladora de tener los días contados se sublevaron contra las románticas y cándidas embriagueces del amor oculto y sin posesión. Pero en la linde de la juventud el corazón se ahoga de timidez ante esa confesión, de tal modo teme ser desagradable, y esa posesión le quema de antemano con tales ardores, que le es casi dulce el aplazarla. Sabe muy bien que el porvenir le pertenece y que dentro de un año, de dos, de diez, no habrá pasado la estación de amar y de ser amado.

Al palpar en la esperanza y al retrasar la hora de las palabras decisivas experimenta esa sensación que es el encanto de los noviazgos, y realmente, Luciano amó á Berta como á una prometida, en el silencio de una adoración cada vez más intensa, desde aquella tarde de primavera.

No trató, por entonces, de saber más sobre ella, preguntando, por ejemplo, al portero de la casa. Tal averiguación le hubiera parecido un sacrilegio. Además, ¿habría siquiera tenido fuerza para ello? Para los enamorados con tal fervor, el pronunciar el nombre de la mujer amada es un sufrimiento. Les falta la voz para ello. ¿Para qué, además? ¿Qué le iban á decir que ya no supiera? La vida estrecha de la joven, su asiduidad para el trabajo y el idealismo de sus pensamientos eran cosas que denunciaban el aspecto de aquella casa, su actitud en el gabinete de lectura y las líneas que había anotado en Trousseau.

En el primer momento había visto en ella por in-

tuición todas las cualidades comprobadas después en diez meses de experiencia en una libertad que no dejaba ocasión para el misterio. El hecho de que su intimidad hubiera permanecido enteramente pura, ¿no era el testimonio más concluyente del valor moral de la joven?.. Por la mente de Luciano pasaban todas las escenas que habían establecido esa intimidad. Primeramente, después de su primera entrevista, la costumbre de cambiar un saludo cada vez que uno de ellos entraba ó salía del gabinete de lectura, y aquellas inclinaciones de la cabeza pensativa de la joven habían sido interpretadas por Luciano, ora con alegría exaltada como muestra de simpatía, ora con angustia como señal de indiferencia.

Vino luego la segunda conversación, pocos días después de la primera. El enamorado imaginó para emprenderla un procedimiento que simbolizaba bien la paradoja de aquel amor, flor de sueño brotada de repente entre aquellos dos cerebrales rodeados de libros de ciencia. En el momento en que la joven se levantaba, Luciano le había preguntado si podría hacerle el favor de explicarle dos palabras técnicas que no comprendía, y le había sometido—¡oh ironía!—una frase de aquel enorme tratado de Legrand du Saulle, que fingía estudiar, sobre las enfermedades latentes y larvadas.

Mientras hizo la pregunta, ya estaban en la calle, y él preguntando y ella respondiendo, resultó que la fue acompañando.

—Latente se comprende desde luego, dijo la joven; una enfermedad latente es la que no se manifiesta todavía. Una enfermedad larvada, por el contrario, se manifiesta patente, pero toma la forma de otra; así una gota que se manifiesta por medio de vértigos es una gota larvada que se disfraza, *que induit larvam*. Recordará usted que *larva* es la máscara de teatro en la antigüedad...

—Confieso que lo había olvidado... ¿Sabe usted el latín, señorita?..

—Tengo el grado de bachiller...

—Mi pregunta no tenía sentido..., dijo Luciano algo confuso. No estudiaría usted Medicina si no tuviera ese grado; pero estamos en Francia tan poco acostumbrados á ver que las mujeres tengan ciertos conocimientos...

—Las cosas van cambiando, por fortuna, dijo la joven. La ciencia es la gran libertadora, y la mujer tiene más necesidad que el hombre de ser libertada.

—Son enteramente mis ideas, respondió Luciano, y espero que seguiremos marchando por esa vía. Pero mucho me extrañará que las estudiantes de Medicina no sean una excepción...

—¿Por el anfiteatro y el hospital, sin duda?

—Precisamente.

—Se ve que nunca ha disecado usted, caballero...

De lo contrario, sabría que se trata de vencer una pequeña impresión y puramente física. Pronto no se ve en el cadáver más que una lección de anatomía que hay que comprobar y no se piensa que aquellos restos han sido un hombre... La autopsia es más penosa. Se ha interesado una por un enfermo, ha recibido sus confidencias, y veinticuatro horas después le encuentra sobre una mesa, inerte, helado, con el corazón por aquí, el cerebro por allá y el hígado por otra parte... Para mí, esa ha sido y es la impresión horrorosa, pero es la única, pues si en el hospital se asiste á espectáculos tristes, se puede hacer allí tanto bien con una palabra, con un gesto, con una atención...

Había dado estos detalles sobre sus impresiones profesionales con singular sencillez. En su mirada y en su voz no había esa expresión de desafío tan desagradable en la mayor parte de las adeptas del feminismo. Decía las cosas como eran, sin cuidarse del efecto poco poético que la mención de aquellas repugnantes tareas podía producir en su interlocutor.

Este, cuya curiosidad iba en aumento, había preguntado:

—En la escuela práctica y en el hospital no hay solamente los enfermos y los muertos; hay los compañeros. No conozco muchos estudiantes de Medicina, pero el tono de la mayor parte de ellos me parece chocante para una joven...

—Es un error, respondió Berta. Por mi parte, he encontrado algunos jóvenes de lenguaje grosero, pero pocos, y cuando estaban delante de otros, éstos les hacían callar en seguida... Sucede también a menudo que cuando examinamos a un enfermo oímos detrás frases y risas que preferiríamos no oír; pero se trata sencillamente de divertirse con nuestra confusión, y un poco de seriedad vence prontamente todas esas niñerías... En cuanto a los que abriga ciertos propósitos, pronto se les tiene a raya y no vuelven a insistir. Por otra parte, tengo la pretensión de ser una buena compañera; pero cada vez que un estudiante trata de mostrarse demasiado amable, le advierto que el día en que me hable de distinto modo que a un hombre no le volveré a saludar...

La joven se separó de su acompañante al hacer esta declaración, en la puerta de aquella fonda de la calle de Racine en la que Darrás sorprendió después juntos a los dos jóvenes. Luciano la habría visto entrar en la vasta sala, llena ya de gente que comía. La estudiante tenía allí su sitio reservado, como en la sala de lectura. Las mesas de pino sin manteles y la tosca vajilla estaban en armonía con la inscripción pintada en la puerta: *Comida, 1 franco y 10 céntimos*.

La pobreza del paraje había llenado de lástima al enamorado, al mismo tiempo que las últimas palabras de la joven le infundían temor y confusión. Más adelante debía saber con qué intención las había dicho Berta.

Hay señales casi indefinibles y, sin embargo, evidentes, por las cuales se conocen en cuanto se encuentran las almas de la misma raza. Sólo la exclamación de Luciano sobre el derecho de los enfermos a la verdad había sido para Berta una de esas señales. Nunca, de otro modo, hubiera dejado que un desconocido se acercase a hablarla si no hubiera cedido a un secreto movimiento de su corazón.

La joven se había castigado por ello con esa frase de despedida, que era una barrera para el caso de que aquel hombre tuviese pensamientos temerarios. De este modo, o no volvería a verla o no le hablaría de amor.

¡Cuán vivos permanecían esos recuerdos en Luciano! ¡En qué estado de turbación había proseguido su camino, persuadido de que la indiscreción de su despedida y de sus preguntas había molestado a la discreta estudiante! ¡Qué noche de angustia había pasado entonces preguntándose si Berta le perdonaría nunca el haberse atrevido a interrogarla! ¡Qué alegría la suya cuando la volvió a ver en la sala de lectura y observó que no le era hostil!.

Después habían tenido la tercera conversación, y la cuarta y la quinta, todas las cuales se aparecían en la mente de Luciano a medida que se aproximaba a casa de su amada.

En todas, en las más antiguas y reservadas como en las más recientes e íntimas, había permanecido fiel al programa de absoluta reserva sentimental impuesto por Berta. Siempre la había tratado como si fuese, en efecto, una compañera de la escuela de Medicina, con quien un estudiante de derecho cambiaba ideas y pensamientos, y no la adorable joven cuya sencilla gracia, cuya linda sonrisa encendían en él la fiebre apasionada del deseo, y cuya valerosa existencia le llenaba de una admiración tan profunda.

No había una piedra de la calle que no le recordase una palabra, un ademán o una mirada suya. Aquí, en la esquina de la plaza de Saint-Michel, la había encontrado un día cuando iba al hospital, unas seis semanas después de su primera conversación, y ella había consentido en que la acompañara hasta dentro del edificio. Era la primera vez que la veía en el ejercicio de sus funciones. Habían asistido a la visita y habían vuelto a almorzar juntos en la calle de Racine...

Allí, debajo de los árboles del boulevard Saint-Germain, se habían paseado indefinidamente discutiendo las ideas que más les gustaban al uno y al otro; él la teoría de la conciencia individual considerada como regla suprema, y ella el concepto de una moral fundada solamente en los hechos y que fuera simplemente una biología aplicada. Las dos tenden-

cias que hoy dividen a la juventud se encontraban así encarnadas en ellos, y esa discusión era para Luciano el descubrimiento de un universo intelectual, y una extraña voluptuosidad el oír las más recientes hipótesis sobre la vida, expuestas por aquella boca de labios floridos...

Un día, delante del Colegio de Francia, Berta le había contado la historia de sus ideas y díchole que tres hombres habían tenido sobre ella una influencia decisiva: Claudio Bernard con su *Medicina experimental*, y antes que él, Flaubert y Dostoiewsky. De uno de esos dos novelistas había tomado el gusto de ver la vida en su verdad, y del otro su agudo sentido de la miseria humana. De Bernard había admirado el método.

A este propósito había hablado de su educación, primero en Thiers y luego en Clermont, al lado de su tío y bajo la dirección de un antiguo profesor que le había tomado cariño, un tal Sr. André. Luciano le había hablado de su padrastro...

Otro día, en la plaza del Panteón, con motivo del culto de los grandes hombres, habían hablado de religión y de política, y se había quedado asombrado de la tranquila audacia de aquella inteligencia de mujer, que en esos dos puntos, como en moral, le adelantaba visiblemente. Persuadida de que la biología, aún en sus comienzos, llegaría a renovar el plan total de la existencia humana, Berta profesaba un nihilismo sistemático respecto de todas las instituciones del pasado y también del presente, y envolvía en la misma condena al catolicismo, por ejemplo, que el kantismo, a la monarquía tradicional que a la república.

El joven había sentido la fascinación de aquel pensamiento atrevido que llevaba hasta el extremo los principios que él había recibido; y comparándose mentalmente con su amiga, había visto que él y su padrastro no eran más que unos burgueses imbuidos de todos los prejuicios de su clase. Había admirado la firmeza de inteligencia de la estudiante y su firmeza de carácter al no perder ni un minuto ni gastar cinco céntimos inútilmente.

La joven había heredado una pequeña suma de treinta y cinco mil francos, de la que gastaba dos mil cuatrocientos al año, de modo que le quedase con qué establecerse al fin de sus estudios. Era una confidencia que había hecho últimamente a Luciano.

Aquellas comidas a veintidós sueldos le importaban menos de setenta francos al mes. Seiscientos francos de casa, vestido, etc., doscientos de libros y doscientos de exámenes completaban lo esencial de su presupuesto. Por esto había escogido el cuarto de la calle Rollin, cuyo modesto alquiler armonizaba con el resto de sus gastos.

¡La calle Rollin! Estaba ya a dos pasos, pues el coche había andado durante aquella crisis de memoria; el enamorado llegaba al término de su camino y las reminiscencias del pasado cedían el campo a la aguda sensación del presente cuando hubo dejado atrás el liceo de Enrique IV. La fisonomía de aquel barrio que iba unido a las emociones más dulces y más intensas experimentadas durante su juventud, le desgarró el corazón.

La acusación de su padrastro se formuló de nuevo en su pensamiento. Su fealdad contrastaba demasiado violentamente con los sueños que Luciano había paseado por aquellos sitios y que acababa de repasar en la memoria con una fuerza casi alucinadora. ¿Era posible que tanta gracia fuese mentida, que aquella reserva fuese hipocresía, que bajo aquellas maneras sencillas y circunspectas se ocultase un horrible secreto de maternidad culpable, y, en fin, que la que él amaba con tan tierno y dócil respeto que nunca se había atrevido a decírselo, hubiera sido la amante de otro?

Todos los recuerdos que acababan de pasar por su mente protestaban contra tales cosas y, sin embargo, en el momento de ir a ver a su amiga calumniada, el joven tenía miedo. Y era que aquellas imágenes que se la habían recordado no habían podido hacer mella en la autoridad del denunciador.

Luciano se representaba al mismo tiempo los detalles de la escena que se preparaba. Iba a entrar en la casa, a subir la escalera y a entrar en el cuarto... Y entonces habría que decir la horrible cosa.

Sólo la evocación de la joven escuchando tales palabras le era intolerable. La frase que siempre había dominado en sus relaciones, resurgió en él espontáneamente: «Le advertí que el día que me hablase como si no fuera a un hombre, cesaría nuestra amistad.» Ella, que consideraba como un insulto el más ligero indicio de que se le hiciera la corte, ¿le dejaría acabar siquiera aquella insufrible relación? Le arrojaría de su casa y se rompería aquella intimidad de esencia única en la que tantos éxtasis apa-

sionados se habían ocultado en las conversaciones de ideas.

El enamorado se había preguntado con frecuencia sin poder responderse: «¿Qué siente Berta por mí?» Ya no tendría que dudarle: le odiaría, le despreciaría...

Esta perspectiva fué tan dolorosa para Luciano, que quiso aplazar aún el momento de cometer ese acto tal vez irreparable.

Encontrábase en la esquina de aquella plaza de la Contraescarpa, cuya arcaica denominación tanto le gustara en otro tiempo, y aquel recuerdo le trajo a la memoria con demasiada intensidad el de su primera visita a casa de su amiga. Se bajó del coche y echó a andar hacia la calle Rollin. No eran las tres todavía. En aquella hora la joven solía trabajar en la Escuela práctica; pero el día antes le había dicho que debiendo estar más tiempo en el *Hotel-Dieu* y tal vez almorzar allí, regresaría directamente a su casa. Como se ve Darrás se había engañado al suponer que su hijastro había ido a ponerse de acuerdo con su cómplice antes de ir al Banco.

Pero la joven podía no estar en casa; la perspectiva de una nueva delación produjo al enamorado otra crisis de vacilaciones que le hizo pasar muchas veces por delante de aquella puerta con unos latidos de corazón y una flaqueza de voluntad que le dieron vergüenza. Sin embargo, la disciplina en que había sido educado por su padrastro triunfó por fin de aquella sensibilidad tan profundamente alterada. Esta vez fueron sus propias palabras las que acudieron a su memoria: *Sin verdad no hay conciencia...*

Se repitió y se inculcó hasta lo más íntimo de su alma la palabra «verdad», y como si hubiera marchado en un duelo hacia una pistola cargada, entró en la casa. Su resolución era tan firme, que al llegar a la puerta del piso de Berta y ver la llave en la cerradura, se escapó de su pecho un suspiro de alivio.

Un golpe en la puerta; la palabra «Adelante» pronunciada por aquella voz en la que tanto había creído; una vuelta a la llave, y se encontró delante de ella.

IV

LA VERDAD

La estudiante había conocido el modo de llamar de Luciano y no se había levantado del sillón en que estaba sentada. Delante de ella, en la mesa, estaba abierto un tomo por una lámina que representaba la anatomía de la pierna. El enlace de los vasos sanguíneos, de los músculos y de los nervios alrededor de los huesos estaba figurado por una superposición de laminillas de papel recortadas y pintadas de azul, de negro, de gris y de rojo. Berta estaba levantando cuidadosamente una de aquellas laminillas y escribiendo en un cuaderno lleno de notas de lápiz. La joven acogió al visitante con un amable ademán de su linda cabeza y le dijo sin interrumpir su tarea:

—Estoy estudiando la operación a que voy a asistir mañana. El enfermo de la cama 32, ¿se acuerda usted?, el que tiene gangrenado el pie derecho. Se ha discutido su caso, que ya no tiene espera. Ya sabe usted que el profesor Louvet está siempre por los medios radicales y quiere amputar por encima de la rodilla para estar seguro de que no volverán los accidentes. Pero Graux, el cirujano, no quiere siquiera amputar el pie entero y le parece suficiente la sección de la mitad. Estos dos caballeros han discutido defendiendo cada uno su punto de vista con argumentos en los que ponían toda su ciencia; y entre los dos, el enfermo yacía en su lecho con las ropas levantadas y mostraba sus pobres piernas, una caquética y otra gangrenada. De pronto y aprovechando un momento de silencio, preguntó el infeliz: «¿Y si partieran ustedes la diferencia?» y se señaló un sitio por debajo de la rodilla. Fué aquello tan cómico que todos los alumnos se echaron a reír. Pero yo no, pues estaba horrorizada. Nunca tendré bastante presencia de ánimo para mirar a una criatura humana como un simple sujeto de experimentos científicos. Graux y Louvet no pensaban en el infeliz más que como si fuera una cosa y sólo tenían en cuenta sus ideas. Esos son los verdaderos sabios, pero yo no puedo. Por fin se le amputará entre el pie y la rodilla, y cuando se ha tomado la resolución, el enfermo ha dicho otra frase menos humorística, pero más profunda: «Me siento mejor. La certeza alivia.»

Preocupada por el recuerdo de aquella horrible escena, la extraña joven no reparó al principio en la expresión de Luciano. Después cerró el volumen con minucioso cuidado.

En aquel cuarto todo atestiguaba las cualidades de método y de inteligencia de Berta. Era una pieza

cuadrada, muy alta de techo y cuyas ventanas guarnecidas de madera conservaban la elegancia de los antiguos tiempos en que aquella casa era una morada señorial como el hotel de al lado, donde vivió M. de Caumartin, el obispo de Blois, el que descontentó á Luis XIV recibiendo al obispo de Noyon en la Academia con un discurso cruelmente burlón. Aquellos árboles que tal vez pertenecieron á aquella mansión, ¡constituyen hoy el reclamo higiénico de una modesta casa de huéspedes! En aquella tarde de marzo, sus ramas, desnudas de hojas todavía, se destacaban tristemente sobre el frío pedazo de cielo que se veía al través de las ventanas.

La claridad gris de un gran patio se armonizaba bien con el tono de los antiguos muebles, traídos de su provincia por la joven; aquellas viejas sillas auvernesas, de nogal y de forma maciza, su pátina obscura, el papel de un color rojo pardo y unas grandes cortinas de reps barato, daban al conjunto un aspecto casi rudo, que resultaba aún más severo á causa de los signos esparcidos por todas partes de las ocupaciones de la estudiante: una caja de instrumentos, una calavera, los restos de un esqueleto desmontado, grandes volúmenes de Medicina, un gran ojo de cartón, destinado á mostrar el mecanismo de ese órgano. Los únicos objetos de arte eran seis grandes fotografías de los profetas de la Capilla Sixtina, cuyas musculaturas de altetas parecían prolongar en las paredes las enseñanzas de la sala de disección.

Aunque la estudiante dormía en aquella pieza única, no había en ella cama, pues se acostaba en una banqueta, enfundada de día.

Su gran cuidado por el bien parecer y su sistema de amistades masculinas le habían hecho procurar para el sitio en que recibía aquel aspecto de sala de consulta. Un cuartito contiguo le servía para el aseo y para guardar sus efectos.

Algunos detalles, sin embargo, indicaban la mujer, como un estante de cajoncitos sobre la cómoda, en los que se leía: «Guantes, corbatas, pañuelos,» y flotando en el aire, un fresco aroma de polvos de lirio y el perfume de un tallo de mimosa comprado en la calle. Las flores de oro y el fino follaje de aquel ramo meridional hablaban de juventud fácil, de libre existencia, de playas dichosas y de viajes lejanos, y contrastaban con aquella celda en la que estaban simbolizadas las singularidades del destino de Berta: el provincialismo burgués de sus orígenes, su independencia y su reserva, la austeridad de sus trabajos, la natural elegancia que le hacía permanecer fina y seductora en unas condiciones en que diez y nueve de cada veinte de sus compañeras pierden toda gracia.

Nunca había sentido Luciano más que entonces la poesía de aquella pieza, en la que siempre entraba temblando. Su emoción fué demasiado intensa al ver á la que su padrastro acababa de calumniar tan cruelmente pacífica y asidua á su trabajo diario, al observar cómo ennoblecía aquel trabajo con un constante esfuerzo hacia ideas generosas y al encontrarla tan débil y tan linda, completamente ignorante de la calumnia inventada contra ella.

La extraordinaria tensión nerviosa del joven se resolvió en una crisis de lágrimas que le hizo caer en una silla, sin fuerzas para decir una palabra. Berta, sorprendida de aquel silencio y al ver aquellos sollozos mudos, aquella faz convulsa, aquella mirada, comprendió al punto la causa de aquel trastorno: había llegado la hora decisiva que desde hacía días esperaba con miedo. Su emoción fué tan intensa, que tampoco pudo dominarse del todo y se vió obligada á dejar el atlas que se disponía á guardar.

—¿Llora usted, Luciano? ¿Qué tiene usted? ¿Qué pasa?... dijo al fin con voz algo velada.

—Ahora..., respondió el joven con un gesto suplicante. Ahora diré á usted... No puedo... Déjeme...

Berta obedeció y se quedó silenciosa mirándole llorar.

Si Luciano hubiera podido reflexionar entonces un poco, la turbación de la joven le hubiera dicho qué lugar había sabido tomar en su corazón. También

ella le amaba, ¡pero en qué condiciones tan desdichadas!..

Si el padrastro de Luciano se había engañado absolutamente en la interpretación de los hechos que le habían contado y en la naturaleza de las relaciones entre los dos jóvenes, los hechos mismos eran ciertos.

Berta Planat había sido, cinco años antes y durante unos meses, la amante de aquel Meján, cuyo nombre había dicho Darrás á Luciano para que le sirviera de punto de partida. Había tenido de él un hijo, que se criaba, en efecto, en Moret, cerca de Fontai-



Sí, yo..., respondió Berta con la frente alta y cruzada de brazos...

nebleau. En la época de aquellas relaciones, Berta estudiaba Derecho, y había dejado la carrera cuando el rompimiento para salir del círculo en que su historia era conocida.

Desde entonces, sus menores acciones habían tenido por principio constante su aversión contra aquel pasado. Por esto evitaba la biblioteca, demasiado concurrida, de la escuela de Medicina; por esto comía en la fonda de la calle Racine; por esto vivía alejada del centro del barrio latino.

Desde que conoció á Luciano y le amó, había vivido en angustia continua ante la idea de que una casualidad podía hacerle saber aquel pasado sin que ella pudiera explicarle en seguida que aquella horrible aventura de los diez y nueve años no correspondía á nada vil, á nada bajo, sino que había sido el error, deplorable, pero generoso, de una confianza locamente concedida é indignamente burlada.

¡Cuántas veces en aquellos coloquios cada día más íntimos, aunque siempre intelectuales, que tanto le complacían, había estado tentada de contar á su tierno y querido amigo aquella dolorosa historia! Pero siempre la había contenido un pudor más fuerte que todos los razonamientos que se hacía á sí misma para demostrarse que al entregarse á Meján no había hecho nada malo.

Las deducciones mejor conducidas no consiguen destruir enteramente la evidencia inmanente de ciertas leyes escritas por la naturaleza en las más secretas profundidades de nuestra persona moral. Un padre puede negar la familia; pero su hijo no será nunca para él un hombre como los demás. Un cosmopolita puede negar la patria; mas los horizontes de su infancia no se parecerán nunca para él á los otros horizontes.

Del mismo modo una joven puede haber recibido la educación más inficionada de ideas revolucionarias, como Berta Planat; haberse intoxicado con las peores paradojas; haber creído en la igualdad abso-

luta de los sexos; haber profesado y hasta practicado en condiciones que casi la excusaban, el derecho al amor libre; pero basta que se despierte en ella un amor sincero para que el haberse entregado sin sacramento y sin contrato resulte para ella una vergüenza no razonada é invencible, como un instinto.

Berta no había querido admitir en ella ese sentimiento y no había cesado de sufrirlo, como lo probaba su eterno aplazamiento de una confidencia cuya necesidad sentía diariamente. Berta había adormecido su conciencia que, según sus teorías, le imponía la verdad como un imperioso deber, prometiéndose hablar el día en que Luciano se atreviera á declararle un amor que ella veía distintamente á través de sus timideces. Mientras continuara callándose y sus relaciones no pasaran de aquella dulce intimidad intelectual de la que no podía ya prescindir, ¿para qué mezclar en aquel ensueño las crueles realidades que tanto le hacían sufrir?

Berta no decía: «¿Para qué desencantarle?» pero, á pesar suyo, lo pensaba, y creía que aquel descubrimiento haría daño á Luciano; y aquella compasión por la pena que éste sentiría sellaba sus labios aún más que el temor de verse menos estimada.

Y ahora le veía devorado y desgarrado por aqueña pena: otra persona no había vacilado en causársela revelándole el secreto que ella no se había atrevido á confesar, pero que estaba resuelta á no ocultar, si algún día Luciano lo sospechaba. Las lágrimas del joven lo decían. Luciano no sospechaba; sabía, pero sin creer. Su primera palabra, cuando hubo recobrado bastante energía para hablar, expresó su rebeldía contra la acusación, rebeldía que Berta no pensó ni un instante en utilizar.

Este detalle prueba mejor que largos análisis la rectitud fundamental de aquella muchacha, víctima del peor sofisma de los que flotan en la atmósfera envenenada del siglo XX que comienza; pero la depravación de su inteligencia no había llegado á su sensibilidad.

—Usted me dispensará, acabó por decir Luciano enjugándose

los ojos y pasándose la mano por la frente como para disipar una pesadilla. Esto es indigno de un hombre; ya soy dueño de mis nervios y puedo explicar las razones de mi estado... Pero antes necesito obtener de usted una promesa... Diga lo que diga, ¿se compromete usted á perdonármelo?..

—Le conozco á usted demasiado, replicó la joven muy despacio, para creer que me dirá jamás una palabra que no deba usted pronunciar y por la que tenga que guardarle rencor...

Luciano vaciló ante aquella respuesta evasiva. La enorme acusación de que iba á hacerse eco le parecía tan monstruosa, que insistió:

—Eso no me basta. Quiero una promesa positiva; de lo contrario, me faltarán las fuerzas... Y sin embargo, es preciso que usted lo sepa... Es preciso por mí y por usted... Prométame que me perdonará...

—Bien... ¡Lo prometo.

—¡Gracias!, dijo el joven bruscamente. ¿Sabe usted si tiene algún enemigo?..

—¿Yo?, respondió Berta ruborizándose.

Acababa de ver en pensamiento á su único enemigo, al inmundo Meján, aquel farsante del feminismo, por quien había sido seducida en condiciones que constituían un atroz abuso de confianza. En cuanto la vió encinta la abandonó, y cuando le encontraba ahora en la calle sentía ella un vuelco en el corazón y le parecía que iba á desfallecer. No se saludaban, pero ¡con qué arrogancia la miraba el infame! No había duda; era Meján quien había hablado ó hecho que hablasen á Luciano. Aquella idea hizo mucho daño á Berta, y sin embargo, la certeza le procuró un alivio, como al paciente del hospital. Con una calma de mártir, á pesar de todo, continuó:

—No conozco más que una persona á quien pueda llamar enemigo, y aun ese, soy yo quien debiera serlo suyo. Pero cuando se desprecia mucho, se deja de odiar. ¿Por qué esa pregunta?..

(Continuará.)



LA CONDESA MARTEL (GYF) EN EL SALÓN DE SU CASA DE PARÍS. (De fotografía de Branger.)

Celebridades contemporáneas

La eminente escritora francesa condesa Martel (Gyp)

Es interesante la atención que los artistas parisinos conceden al *detalle*, á las apariencias, á lo que ellos llaman la *mise en scène*, de su *interior*. Para el pueblo francés, tan refinado por una civilización que progresivamente va sutilizando los gustos y exacerbando las sensaciones, toda la vida social es pormenor, superfluidad de afectos, bienestar aparente nacido de cierta cordialidad mudable y fácil, interés somero que rara vez exige del amigo más que un recibimiento cariñoso y un rato de conversación ligera y afable. El saludo mal correspondido, la dureza de una mirada, la descortesía de un movimiento, la carta que no se contesta..., constituyen para el francés, aburguesado ó patricio, faltas imperdonables.

Citaré un ejemplo. Recientemente, el ministro Waldeck-Rousseau estuvo enfermo, y en la portería de su casa pusieron un álbum ó boletín sobre cuyas páginas escribían sus firmas cuantas personas iban á informarse de la salud del paciente. Por aquellos días fuí á visitar á cierto amigo periodista que acababa de sufrir un ataque de parálisis, y le hallé sentado junto á la chimenea, debajo de un gorro de piel y con el anquilosado cuerpo metido en una manta. Su mujer estaba concluyendo de vestirse un impermeable, porque llovía á cántaros. Él refunfuñaba, censurando que su esposa dedicase tanto tiempo á estos menudos preparativos.

—Corre, hija, decía, corre, que se hace tarde...

Ella me preguntó:

—¿Quiere usted que deje su firma en casa de Waldeck-Rousseau?

—¿Para qué?, repuse; no le conozco.

—Nosotros tampoco le conocemos, contestó; pero no importa. Cuando esté convaleciente y lea los nombres de las personas que fueron á visitarle, verá nuestro nombre, y *acaso* algún periódico nos cite. *Esó* siempre hace bien...

Este culto á lo pequeño aparece exagerado en el artista, idólatra de la forma, y da á su psicología un rasgo exacto, inconfundible, de femenina frivolidad. Excepción hecha de Octavio Mirbeau y de Sardou, que ocupan habitaciones grandes, limpias de mue-

bles inútiles y por las que se puede ir y venir desembarazadamente, los demás escritores trabajan en el rincón de un despacho que una elegancia barroca trocó en bazar ó abigarrado retablo de figulinas y chucherías multicolores. Por el suelo, sobre los muebles, entre los cuadros, pendientes del techo ó caprichosamente sujetos al marco de los espejos y de los cortinajes, hay juguetes y cachivaches de todas clases y épocas: estatuillas de mármol y de bronce, relojes medievales, mascarones amenazadores, cuchillos pérsicos, sombrillas japonesas, mantones filipinos, abanicos, pájaros y felinos disecados, flores, calaveras..., todo hacinado en odioso desconcierto alrededor de lienzos antiguos y tapices y trípticos de relevante y positivo valor. En estos interiores se respira mal; los pulmones sufren la presión sofocante de lo muy angosto; involuntariamente nos preocupa la consideración del empachoso trabajo que costará la cotidiana ordenación y limpieza de todo aquello; diríase también que flota en el aire el polvillo depositado por las horas sobre tantos objetos ociosos. En medio de esta fragilidad, no osamos sentarnos y menos caminar; son habitaciones que invitan á la quietud y á la sonrisa de la murmuración; saloncitos afe-minados donde no podemos sentir la alegría que ríe á carcajadas, ni el entusiasmo que gesticula, ni la cólera que levanta los brazos en alto...

Y cuán dolorosa emoción causa saber que viven así, recogidos y como cristalizados en este medio artificioso de invernadero, aquellos artistas que considerábamos hombres despreocupados, ardientes y de acción, porque sus libros ó sus cuadros, llenos de color y de sano pesimismo, nos hicieron estremecer con una vibración real de vida!.. Porque luego, al conocer su intimidad y hallarles absortos en ridículas minuciosidades, imaginamos que las luchas y conmovedores desencantos de sus obras son embusterías de arte; que sus indignaciones son falsas; que la lozanía de sus pasiones es habilidad retórica, y que toda aquella su amplia visión de la vida no existe...

«No—pensamos;—es imposible que *sienta* real-

mente, intensamente, con la fiebre del verdadero entusiasmo, quien pinta ó escribe sin alterar en un ápice la simétrica ordenación de los *bibelotes* colocados sobre su mesa de trabajo...»

Con *Gyp*, seudónimo adoptado por la condesa Martel de Janville para sus campañas literarias, no ocurre esto. *Gyp* habita en los alrededores de París un bazar precioso, y sus libros son un reflejo exacto, perfectamente sincero, de su espíritu, una prolongación de su casa; los personajes de sus obras hablan y viven como la autora vive y habla; por lo mismo, su literatura es una «literatura de bazar...»

Gyp es, antes que nada, un espíritu parisino, ducho en el *flirt*, irónico y mordaz, con mordacidad punzante, risueña y de buen tono; carácter superficial, simpático, fácilmente mudable, acostumbrado á morder sin rencor aparente, siempre voluble, con aquella volubilidad resbaladiza que tanto recomendaba el abuelo Voltaire.

Pero *Gyp*, á pesar de haber publicado más de treinta novelas, no es novelista; el marco de la novela ofrece á su inconstante atención de mariposa un horizonte demasiado grande, demasiado serio. Por este campo vastísimo el espíritu de la condesa Martel rebrinca inquieto, tocando todas las cuestiones, remontándose á lo más encumbrado y abstruso, zarpeando desenfadadamente lo más respetable, y siempre de refilón, atrayente y seductora, brillando á ratos con reflejos de joya de buena ley. Mas la impresión de su espíritu, embriagador como el perfume del *champagne*, pasa pronto: la psicología de sus personajes es superficial y amanerada; el diálogo es copioso, intencionado y diabólicamente pintoresco, pero las analogías psíquicas de los interlocutores dan á sus conversaciones una uniformidad que peca en monotonía; las descripciones son cortas y pálidas; las figuras, privadas de estable y duradero marco, dejan en el ánimo la impresión de esos cuadros donde sólo hay un retrato, ó de las personas que conocimos en el fondo filante de un viaje: las escuchamos hablar, y por su conversación deducimos, aproximadamente, su carácter, pero ignoramos su historia, sus propósi-

tos, las razones... así; su intimidad, en su...

No es celosa, no... en 1893, es indudablemente la mejor obra de Gyp, y traza someramente, pero con observaciones que dan al conjunto realce notable, un estado de alma muy curioso.

La protagonista de este libro quiere apasionadamente a su esposo, el brillante marqués Guy d'Etioilles, conversador habilísimo, seductor afortunado, buen caballista y perfecto hombre de mundo. La joven, que conoce las inconsecuencias de su marido, sufre horriblemente, pero sin quejarse; sabe que las mujeres lloronas son aburridas; además, y este es el lema con que aparece ante la sociedad, ella «no es celosa...» De la marquesa d'Etioilles se enamora, con pasión callada y fortísima, M. de Bièvre, espíritu independiente y cáustico, que vive un poco alejado de lo que el lenguaje de los salones llama la «moda» y el *chic*, y que no omite ocasión de zaherir los errores y licenciosas mañas del patriciado. Al final del último capítulo, los celos de la marquesa d'Etioilles, más que el amor de M. de Bièvre, derrotan la austera fidelidad de la joven...

Este libro, por cuyas páginas desfilan crecido número de figuras aristocráticas, resume, á despecho de sus proporciones exiguas, la mayor parte de las almas descritas por Gyp. Todos sus hombres son bellos y vanos como Gyp, ó simplemente imbéciles y

anodinos; todas sus mujeres son intelectuales como la marquesa d'Etioilles, ó neciamente coquetas, chismosas, ignorantes y descocadas. «A las muchachas —dice Gyp— cuya presencia estorba para ciertas libertades, no se las invita á ninguna reunión.» Y este es el prototipo de las mujeres que con más complacencia retrata la inspiración irónica de la condesa Martel: almas pervertidas, vírgenes sin candor moral, que pueden decirlo y escucharlo todo sin bajar los ojos...

Monsieur de Folleuil, mordaz y escéptico, es el verdadero retrato de Gyp. Folleuil, protagonista también del libro *C'est nous qui sont l'histoire*, pertenece, como Gyp, á la vieja aristocracia francesa, y como ella se desespera por todo lo rancio y de pura cepa, y truena colérico contra las gentes para quienes la nobleza es algo improvisado y pegadizo, los judíos, las costumbres exóticas, el veraneo, el *snobismo*, los viajes que desparraman el oro francés por lejanos países, el te, impuesto por Inglaterra al resto de Europa... El carácter de Folleuil tiene en la obra de Gyp un antecesor: Folleuil es M. de Bièvre, rabelesco, pesimista, desencantado, arisco y *chismoso*. Gyp, que tan donosamente satiriza la chismografía insubstantial de los salones, es también, á fuer de parisina y de mundana, una chismosa formidable. Todos sus libros podrían reducirse á eso: á comentarios de pequeños acontecimientos expuestos, tergi-

versados y alambicados de innúmeras y diferentes maneras. En vano el severo M. de Folleuil pretende maldecir de la murmuración general; inmediatamente le vemos resbalar hasta caer en el mismo vicio, deslizándose suposiciones insidiosas, ridiculizando al ausente, acuchillando honras, ni más ni menos que aquellas inolvidables «leñadoras de Cicóbreja» del maestro Galdós.

¿Gusta Gyp?

Aunque algo preferida á otros escritores de más fibra artística y positivo mérito, continúa hallando desproporción injusta entre el tacaño valimiento de sus obras y el marcado agasajo con que una buena parte del público las recibe. Achacan algunos críticos este favor á la levantada clase social á que la condesa Martel de Janville pertenece, á las transparentes alusiones que los espíritus avisados han creído vislumbrar en ciertos episodios y figuras de sus libros, y á otros pormenores circunstanciales y del momento.

Sea como fuere y aun suponiendo que acierten los que eso dicen, no cabe negar que las obras de Gyp tienen un mérito histórico positivo: ellas reflejan, con verdad fotográfica, un gran aspecto del alma francesa, y más especialmente de ese patriciado francés, maleado, decadente, emplebeyecido por el asalto de la burguesía triunfante y las mesalianzas del Segundo Imperio.—EDUARDO ZAMACOIS.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
**Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.**
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD



LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

BORICINA MEISSONNIER

REMEDIO SOBERANO

contra las Enfermedades de la PIEL y de las MUCOSAS, higiene del TOCADOR (Soins intimes)

EMPLÉADA CON INMENSO ÉXITO en los Hospitales de París.

Para evitar las Falsificaciones, exíjase la caja al lado, entera y sellada.

DEPÓSITO: 17, Rue Cadet, París y principales Farmacias.



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

GUÍA OFICIAL DE CATALUÑA. 1905. — Se ha publicado esta utilísima guía que contiene las listas de los colegios de abogados, procuradores y escribanos, de los juzgados de primera instancia y municipales de Cataluña, de las jurisdicciones contencioso-administrativa, eclesiástica, de guerra y marina y varios apéndices en que se señalan los territorios que abarcan los juzgados de Barcelona, se indican las calles, plazas, etc. de esta ciudad con expresión del distrito y juzgado municipales y juzgado de instrucción á que pertenecen, etc. Ha sido impresa en Barcelona en el establecimiento tipográfico de José Cunill.

MEMORIA DE «EL ARTE INDUSTRIAL. FÁBRICA DE CERÁMICA Y CEMENTO LABRADO.» — Esta Memoria de la sociedad Viriato Rull y C.^a, de Sevilla, contiene interesantes datos acerca del desarrollo de la misma y de la fabricación á que se dedica, planos y vistas, presupuestos y grabados que reproducen algunos de los objetos que fabrica la casa. Ha sido impresa en Sevilla en la tipografía de Viriato Gironés.

AGUA DE LIMÓN, diálogo en un cuadro y en prosa, por *Eva Cané*. — El nombre de esta notable escritora, bien conocida de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es garantía segura de la bondad de la obra en que aparece estampado: *Agua de limón*, con ser un juguete literario, es digno hermano de otros libros de mayor empuje; demuestra fina observación y está escrito con mucha gracia y en elegante estilo. El diálogo ha sido impreso en Buenos Aires en el establecimiento gráfico de Robles y C.^a

BRUMAS, por *Luis de Oleyza*. — Colección de poesías, cuya nota dominante es la melancolía. Todas ellas encierran un pensamiento triste, pero de una tristeza suave, resignada, que no se exterioriza en ruidosos ayes de dolor, sino en leves suspiros que salen del fondo del alma. Están escritas en formas y metros variados, en su mayoría pertenecientes á la que se llama escuela modernista. El libro ha sido impreso en Madrid en la tipografía de *El Liberal* y se vende á dos pesetas.



Ecce Homo, escultura de Rafael Atché

UN DEBER SOCIAL, por *Adolfo Pons y Unzué*. — El autor de este trabajo preconiza la necesidad de la política pedagógica, es decir, de aquella política en que el Estado, recibiendo las inspiraciones de la colectividad, ó sea las quejas de las clases populares y las resistencias de las acomodadas, interponga su acción para suplir, consolidar ó encauzar las voluntades, y afirma con abundantes razonamientos que así se cumple el deber social, que la democracia en él inspirada no deja en olvido interés alguno, y que para llegar á este resultado es preciso educar al pueblo en general para el ejercicio del derecho, alentando en la conciencia pública el sentimiento y la voluntad del deber. Este folleto, impreso en Madrid en la imprenta de M. G. Hernández, se vende á dos pesetas.

MEDIOS MÁS ADECUADOS PARA FOMENTAR EL COMERCIO HISPANO-ARGENTINO, por *Eduardo Romero*. — Esta Memoria obtuvo el premio del Banco Hispano-Americano en los Juegos Florales celebrados por la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires en octubre de 1904; en ella se estudian con gran copia de datos y de una manera práctica las cuestiones que más esencialmente afectan al comercio entre nuestra patria y la República Argentina, tales como las de los transportes, del crédito y de los viajeros; se enumeran los principales productos que en España se importan de la Argentina, los que de aquí se exportan á aquel país, y se indican los medios para desarrollar esta exportación ampliándola á otras materias que hoy no forman parte de ella.

EL ARTE DE BIEN COMER, por *Carlos Ossorio y Gallardo*. — No se trata de un libro de recetas culinarias, sino de una obra llena de oportunos consejos y de atinadas observaciones, más que sobre lo que debe comerse, sobre cómo debe comerse. En él se explica y se razona la manera de servir la mesa y de portarse en ésta los comensales, la importancia y significación de los elementos que entran en las comidas, el modo de utilizar los diversos utensilios del servicio, en suma, todo cuanto constituye el arte de bien comer, que no es lo mismo que el arte de comer bien. Da mayor interés á la obra el valor literario que indudablemente tiene, pues el Sr. Ossorio y Gallardo ha sabido presentar el asunto en estilo elegante y castizo y en forma sumamente amena. El tomo, que lleva una portada en colores de F. de Cidón y ha sido impreso en Barcelona en los talleres de artes gráficas de Garcés y Bartolí, se vende á dos pesetas.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

BOYVEAU-ROB
BOYVEAU-L'AFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-L'AFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, y en todas las FARMACIAS DEL GLOBO.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN